EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

143

# ANDREA

COMEDIA

EN CUATRO ACTOS Y SEIS CUADROS

DE MR. VICTORIANO SARDOU

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

DON PEDRO GIL.




MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.
(Sucesor de Hijos de A. Gullon.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1885.

## AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE MAYO DE 1885.

### COMEDIAS Y DRAMAS.

| TÍTULOS. | ACTOS. | AUTORES. | Propiedad que corresponde |
|---|---|---|---|
| Baltasar y Rafael..................... | 1 | Sres. Tormo y Pinedo.......... | Todo. |
| Registro civil...................... | 1 | D. Emilio Sanchez Pastor....... | » |
| Los niños terribles.................. | 1 | Enrique Segouia Rocaberti... | » |
| Lola............................ | 3 | D. Enrique Gaspar............. | » |

### ZARZUELAS.

| | | | |
|---|---|---|---|
| ¡Quién fuera ella!..................... | 1 | Sres. Perrin, Palacios y Nieto. | L. y M. |
| El puesto de las castañas............ | 1 | D. E. Navarro............... | L. |
| El rey reina........................ | 3 | Sres. Tormo y Nieto.......... | L. y M. |
| La guerra alegre.................... | 3 | Casademunt y Hrarich...... | L. |
| La Pilarica......................... | 1 | Sres. G. Perrin y Miguel de P.. | L. y M. |

# ANDREA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y SEIS CUADROS

ORIGINAL DE

D. VICTORIANO SARDOU

TRADUCIDA AL CASTELLANO POR

D. PEDRO GIL



MADRID
Establecimiento tipográfico de Álvarez hermanos,
*15, Ronda de Atocha, 15*

1886

# REPARTO

| PERSONAJES | | ACTORES |
|---|---|---|
| ANDREA................. | Señora | Tubau. |
| ESTRELLA................ | » | Alverá. |
| BARONESA.............. | » | Guerra. |
| SYLVINA ............... | » | Sanchez. |
| JOSEFA................. | » | Rodriguez (I.) |
| EL CONDE ESTEBAN....... | Señor | Mata. |
| BIRSHMANN ....... ..... | » | García. |
| KAULBEN ............... | » | Guerra. |
| BALTASAR............ .. | » | Manso. |
| FEDERICO.. .. .......... | » | Barcelo. |
| CRACOVERO............. | » | Miralles. |
| MABLOU ................ | » | Bellver. |
| DOCTOR BAZILOS......... | » | Montenegro. |
| RABNUM ................ | » | Lirón. |
| KRAFT.................. | » | Alverá. |
| RODOLFO.......... ...... | » | Boto. |
| REVEL.................. | » | Torrijos. |
| SCHRAM........ ........ | » | Torrijos. |
| LAMBERT ............... | » | León. |
| UN AVISADOR ............ | » | Capistrós. |
| UN DEPENDIENTE ......... | » | León. |
| FANOSKI ............. .. | » | Capistrós. |
| CRIADO 1.º.............. | » | N. N. |
| CRIADO 2.º... .......... | » | N. N. |

**La escena es en Viena.—Época actual.**

A Pepe Mata

*Pedro Gil.*




# ACTO PRIMERO

Salón lujosamente amueblado: en el fondo puerta que conduce al comedor. A la izquierda otra de entrada; á la derecha las habitaciones de Andrea.

## ESCENA PRIMERA

JOSEFA *y* RODOLFO.

Rodolfo como primer mozo de comedor y con peluca empolvada, prepara el café sobre un velador que habrá en medio de la escena.—Josefa entra por la izquierda y con mucha deferencia se dirige á Rodolfo.

JOSEF. Señor Rodolfo.

ROD. ¿Qué?

JOSEF. Ahí está un dependiente de Birshmann el joyero, que trae una carta para el señor conde.

ROD. (Con mucha importancia.) El señor conde está todavía comiendo y no se le puede molestar

JOSEF. Eso es lo que he contestado. Pero insiste y me dice que es una cosa muy urgente.

ROD. Que pase.

JOSEF. (Desde la puerta) Puede usted pasar.

## ESCENA II.

Dichos *y el* Dependiente.

Rod. ¿De quién es la carta?
Dep. De Birshmann mi principal.
Rod. ¿Urgente?
Dep. Sí, señor.
Rod. Tenga usted la bondad de dármela; yo mismo se la pasaré al señor conde.

(El dependiente pone la carta sobre la bandeja; Rodolfo se mira un instante al espejo, arregla su peluca y entra majestuosamente en el comedor, cuyas puertas abre otro criado, y se ve que está también lujosamente amueblado.—Esteban y sus convidados en la mesa; ruido de voces, risas. La puerta se cierra.)

## ESCENA III.

Josefa *y el* Dependiente.

Josef. ¡M. Birshmann!... ¿Es acaso el joyero?... ¡Ah!... Mi enhorabuena, amigo mío. El establecimiento de ustedes es sin disputa el más grandioso de Viena. Ayer había en el escaparate un collar de záfiros.
Dep. ¡Oh!
Josef. Debe ganar mucho su principal de usted.
Dep. Más que quiere; no puede servir todos los encargos que le hacen, y esto le proporciona serios disgustos con sus clientes. Parece que para hoy había prometido al señor conde...
Josef. ¿Algún aderezo?... ¿Medallón?... ¿Pulsera?...
Dep. No lo sé.
Josef. Si es para la señora, ahora mismo se está vistiendo para salir.
Dep. Creo que se trata de una sorpresa.
Josef ¡Ah!... Ahí está el señor, y no muy satisfecho.

## ESCENA IV.

DICHOS, *el* CONDE ESTEBAN *y* RODOLFO.

La puerta se abre y cierra en medio de risas; los criados permanecen en el proscenio.

CONDE. ¿Es usted el dependiente?

DEP. Sí, señor conde.

CONDE. Había dicho á Birshmann que yo pasaría á su casa.

DEP. Precisamente por ahorrar al señor conde un paseo inútil vengo yo. Birshmann tiene un profundo pesar por este retraso, pero el artista encargado de terminar la joya no ha cumplido su palabra y...

CONDE. Por eso no debió comprometerse. En fin, dígale usted de mi parte que si no tengo en mi poder el objeto antes de una hora, puede dejar de enviármele, porque no lo admitiré.

DEP. Crea el señor conde que...

CONDE. (Interrumpiéndole) ¡Basta! (Arroja al fuego la carta. Después dirigiéndose á Josefa.) ¿La señora condesa?

JOSEF. Está en su tocador, señor.

CONDE. Bien.
(Se dirige al comedor en el momento que se abre la puerta y salen los convidados.)

## ESCENA V.

*El* CONDE, FEDERICO, BALTASAR *y* CRACOVERO.

Muy contentos y continuando una conversación.

FED. ¿Cómo?... ¿Cómo? General... ¿Un elefante?

CRAC. Un elefante.

FED. Eso es portentoso... ¿Oyes esto, cuñado?

CRAC. Nos encontramos sorprendidos por los cipayos. Nuestros artilleros se hallaban fuera de comba-

te. Todo estaba agotado y yo perdido cuando de súbito miss Betsy...

FED. Y BAL. ¿Miss Betsy?

CRAC. El elefante... Miss Betsy, viéndome caer se adelantó, y asiendo con su trompa la espoleta ¡prum! disparó y acribilló á nuestros enemigos haciéndoles retroceder en desorden... Betsy se dirige á otra pieza... El mismo juego... é idéntico destrozo... Los cipayos se espantan, se desbandan, los nuestros se rehacen. Yo vuelvo á su cabeza, y victoriosos un cuarto de hora después, llevamos á miss Betsy en triunfo.

FED. (Tendido sobre un diván) ¿En brazos?

CRAC. Sobre un cañón.

FED. En brazos hubiera sido más pintoresco.

CONDE. Este Cracovero siempre con sus historias.

(Se dirige con éste á un mueble, del que saca unos tabacos.)

FED. (En voz baja á Baltasar.) ¿Crees tú todo lo que nos cuenta?

BALT. Yo sí.

FED. Yo no. (Tranquilamente.—Á Esteban que llega con el general y se levanta para tomar un tabaco.) Pero lo más curioso es la campaña del general en Tejas y su combate contra un ejército de langosta. Eso es verdaderamente titánico.

BALT. ¿Cuántas campañas cuenta usted, general?

CRAC. Veintisiete.

FED. ¿Cuántas?

CRAC. Veintisiete, en todos los paises y en todas las armas. Asia 59, reformador de la artillería de Bengala. África 63, organizador del cuerpo de Amazonas del Rey de Zanzibar. América española 65-73, brigadier de la caballería ecuatorial.

CONDE. ¿Y tan joven?

BALT. (Sentado, con las piernas estiradas y las manos en los riñones.) ¡Como yo!... ¡muy precoz!

| | |
|---|---|
| FED. | Sí, pero tú ya estás en tu ocaso. |
| BALT. | ¡Ca! Tengo al parecer mis fuegos apagados, pero llegado el momento crítico soy un volcán. |
| FED. | ¡Hola! |
| BALT. | He hecho además un minucioso estudio del magnetismo, y le aplico á las mujeres con resultados prodigiosos. |
| FED. | ¿Cómo? ¿Cómo es eso? |
| BALT. | Muy sencillo. Veo una mujer en un salón y no tengo aire, no tengo hasta entonces flúido ¿no es verdad? Pues bien, me reconcentro, cierro los ojos, me dirijo hacia ella, la miro de pronto y... ¡paf!... recibe la primera sacudida; me separo, vuelvo á repetir la operación, la miro con doble intensidad... así... y recibe la segunda; me mira á su vez, se establece la corriente, y á la tercera sacudida todo ha terminado; me sigue como el más cariñoso falderillo. |
| FED. | ¡Ja! ¡ja! Lo ensayaré. |
| BALT. | ¡Oh! Tengo una fuerza magnética de primer orden. He llegado al extremo de hacer salir de un salón á una persona con solo guiñarle un ojo. |
| CONDE. | Lo creo. |
| TODOS. | ¡Ja! ¡ja!... |
| CRAC. | En mi última campaña... |
| FED. | General, no nos recuerde usted el elefante; quedémonos sobre él. (A Esteban.) ¿Dónde está mi hermana? |
| CRAC. | Sí; ¿no tendremos el placer de ver esta noche á la señora condesa? |
| CONDE. | Andrea está en su tocador. |
| FED. | ¿Va á la Ópera? |
| CONDE. | No; creo que á casa de una amiga. |
| BALT. | (Sacando el reloj.) Y nosotros, ¿no vamos á la Ópera? |
| CONDE. | Sí, pero tenemos tiempo; el baile no principia hasta las nueve. (Salen tres lacayos con abrigos.) |
| CRAC. | Dicen que Estrella nos abandona. |

CONDE. ¿Nos abandona?

CRAC. Esta noche es la última del contrato.

CONDE. (Inquieto.) Sin duda; pero no; he oído decir á Estrella que por no perder, su empresario no lo consentirá.

BALT. ¿Rabnum?

CONDE. Sí, Rabnum, ese americano que nos la ha hecho admirar y que por ella apalea dinero.

FED. El hecho es que para un director que conoce su mérito, Estrella...

BALT. Yo os diré lo que hay, porque estoy al corriente de todo; como á mí las mujeres no pueden ocultarme nada...

CRAC. ¿También eso?

BALT. Sí... les cojo la mano... y las hago hablar. Pues bien; yo sé que Estrella no se marcha porque quiere á uno.

FED. ¿Nada más? ¡Es raro!

BALT. Y ese *uno* es nuestro amigo Esteban.

CONDE. (Vivamente.) ¿Estrella te ha autorizado?

BALT. ¿A mí?... no; pero con mis medios.

FED. Tened presente que yo, como cuñado, no he advertido nada, ¿eh?

CRAC. Quería decir, querido amigo, que hace bastante tiempo asedia usted la plaza.

CONDE. Sin conseguir rendirla, es verdad. No me precio de conquistador como usted.

BALT. Tú no sabes manejar á las mujeres. El magnetismo y siempre el magnetismo.

CONDE. ¡Bah! ¡bah!

BALT. ¿Queréis una prueba de cuanto digo? En este momento podría mostrárosla.

FED. ¿Cuál es?

BALT. Noemia.

FED. ¿Tu figuranta?

BALT. Sí. ¿Qué creéis que hace ahora?

CONDE. Te engaña.

BALT. No, señor; duerme. La he dejado dormida hace

cuatro horas, al salir de su casa, y todos los dias hago lo propio por precaución.

CRAC. Hombre, quisiera convencerme.

BALT. Pues vamos.

CRAC. ¿A su casa?

BALT. No; á la Ópera.

CONDE. ¿Pues no la has dejado dormida en su casa?

BALT. Sí, pero eso no importa, porque va y viene siempre dormida y hace sus figuras sin tener conciencia de ello.

FED. Tendría curiosidad de ver cómo se pone sus trajes... sin conciencia.

BALT. Pues vamos ¿nos acompañáis?

CONDE. No; tengo que hacer

CRAC. Entonces podemos llevarnos el coche... y si usted permite, algunos tabacos.

FED. Es manco el general.

CRAC. Manco no, pero pude quedarme sin un brazo en la campaña.

FED. Adiós, Esteban.

CONDE. Adiós.

BALT. Nos veremos ¿eh?

CRAC. Sí, en la Ópera, en el palco del conde.

FED. Anda, antes que...

CRAC. Pero, señores...

## ESCENA VI.

CONDE.

Qué idiota es ese Baltasar y qué imbécil Cracovero... pero, en fin, son buenos amigos y es menester dispensarles. ¿Qué hora es?... Las ocho y media; demasiado temprano para la Ópera.

CONDE *y* ANDREA.

AND. ¡Ah! ¿Estás aquí?

CONDE. Aquí, querida mía. ¡Eche usted lujo!

AND. ¿Eh?

CONDE. ¡Preciosa *toilette!* Elegantísima, y sobre todo muy nueva.

AND. ¿Te gusta?

CONDE. ¡Digo! De seguro que llamarás la atención.

AND. Así lo espero.

CONDE. ¡Coqueta! ¿Y dónde vas, si puede saberse?

AND. Á casa de Anita.

CONDE. ¿La consejera?

AND. Sí, para asistir al ensayo general de la *Charada.*

CONDE. Hola ¿hay *Charada*?

AND. ¿De dónde sales? Lo sabe todo el mundo.

CONDE. Tienes razón; lo había olvidado; ¿y tú, tomas parte?

AND. En mi primera, en mi segunda y en mi todo.

CONDE. ¡Magnífico; desempeñas un primer papel!

AND. Sí, pero es muy sencillo, y puesto que estás aquí quiero que me des tu opinión.

CONDE. ¿Acerca?

AND. De esto que me acaban de traer.

CONDE. ¿Y qué es esto?

AND. Un proyecto de vestido para un todo... pero no, antes es preciso que adivines la palabra.

CONDE. Lo dudo, porque estoy tan poco fuerte...

AND. Sin embargo.

CONDE. Probaré.

AND. Has de darme palabra de no decirlo, ¿eh?

CONDE. Mi palabra.

AND. Mira que sólo están en el secreto la señora de Morales, Anita, Estefanía, la señorita de Greden, Lucila, su madre y el caballero Paulo.

CONDE. ¿Nada más? Retiro mi palabra.

AND. ¡Tonto! Mi primera es una joven pálida, rubia, interesante y en extremo espiritual, que lee una composición poética.

CONDE. Sí, una oda: oda.

AND. Exactamente; ¿no dices que eres tan torpe?

CONDE. Mujer, si eso está más claro que el agua. ¿Y esa joven eres tú? ¡Malo por la poetisa!

AND. En la segunda toman parte distintas figuras, cada una de las cuales representa una flor.

CONDE. ¡Ya! ¿Y el conjunto constituye?

AND. Nada de eso: la dificultad estriba en saber de qué flor se trata.

CONDE. Rosa, gardenia... lis... de la flor de lis... ¡ja! ¡ja!

AND. Pues si eres un consumado maestro.

CONDE. ¡Ja! ¡ja! *Oda... lis...* y dime, ¿cómo os vais á arreglar para representar la *K*?

AND. ¿Eh?

CONDE. Porque el todo es *odalisca.*

AND. Toma: ¿pues no has dicho que no entiendes este juego?

CONDE. Vamos. ¿Cómo representáis la *K*?

AND. ¿Cómo? De la manera más ingeniosa del mundo. Esa es una escena graciosísima, verás: dame tu bastón. Toman parte en ella un general y un inválido que tiene una pierna de palo, la derecha, fíjate bien; el general va pasando revista, y el inválido, que no puede sostenerse perfectamente recto, adelanta su pierna suplementaria, presenta al propio tiempo la espada así —, y la *K* se dibuja con toda perfección.

CONDE. ¡Ja! ¡ja! Muy bien, muy bien, lo mismo podría ser una *O*, pero en fin.

AND. Di que no es ingenioso.

CONDE. Muchísimo, y mi todo, por supuesto, ¿será un serrallo?

AND. Justamente.

CONDE. ¡Demontre! Me están dando tentaciones de jugar.

AND. Es decir, no es un serrallo, sino un departamento de él.

CONDE. ¡Ya!

AND. El mío, porque yo soy la odalisca, y si vieras qué bonito es el traje... hijo, ahora es la ocasión.

CONDE. Precioso y ligerito...

AND. A la oriental, con algunas correcciones en pro de la estética, nada de turbantes ni...

CONDE. Las piernas desnudas...

AND. Es claro, ya verás, ya verás qué bien me sienta.

CONDE. ¿Y qué?

AND. Ya verás.

CONDE. ¡No es lo malo que lo vea yo solo!

AND. ¿Celos?

CONDE. ¡Oh, no! ¿Quién piensa en tal cosa? Eso sería una ridiculez por parte mia. Tú eres jóven, bella, y nada tiene de extraño.

AND. ¿Y no me preguntas quién me acompaña en el cuadro?

CONDE. ¡Ah! ¡Si! ¿Quién es?

AND. El gran Ribestein.

CONDE. ¿Ese imbécil?

AND. ¿Y si ese imbécil fuera más atrevido de lo que supones?

CONDE. ¿Qué me importa si yo estoy seguro de tí? Porque tú me amas ¿no es verdad?

AND. ¡Oh! ¡Si!

CONDE. Pues entonces, ¿por qué razón he de mortificarme con sospechas que, después de todo, en nada te favorecen?

AND. Dices bien.

CONDE. Además, que los celos, lejos de destruir, fomentan el cariño; hay gentes que se complacen en alimentarlos. ¿Me equivoco?

AND. ¿Es alusión?

CONDE. ¡Bah!

AND. No negaré que soy algo celosa, pero convén en que no me faltan motivos para ello. Vamos á ver; tú sales todas las noches sin exceptuar una. ¿Es impertinencia preguntarte dónde vas?

CONDE. Al círculo... á casa de mis amigos.

AND. ¿Y á la Ópera?

CONDE. También.

AND. ¿Y qué haces allí?

CONDE. ¡Vaya una pregunta! Lo que generalmente se hace en esos sitios.

AND. Es que en esos sitios se hacen cosas...
CONDE. Tontuela...
AND. Y tú que no has sido ningún cartujo cuando soltero...
CONDE. Razón de más para que ahora sea un buen marido.
AND. Sí, pero...
CONDE. Vamos, no seas niña y no quieras amargar con torpes dudas esta vida dulce y reposada de que gracias á Dios gozamos. ¿Conoces algún matrimonio más feliz que el nuestro?
AND. ¡Oh, no!
CONDE. Jóvenes y ricos, vivimos tranquilamente sin disgustos ni contrariedades de ningún género en nuestras aficiones como en nuestros caprichos, nos guardamos mutuo respeto y gozamos de la más completa libertad. ¿Qué más puedes querer?
AND. ¡Casi nada... que no salieras con tanta frecuencia!
CONDE. Entonces... ¡adiós libertad!
AND. Ó que salieras conmigo.
CONDE. Eso sería esclavitud, y tú no me querrás tan humilde ¿no es cierto?
AND. ¡Qué sé yo!
CONDE. Ea, abrázame y hasta mañama.
AND. ¿Hasta mañana?
CONDE. Inocente, después de media noche ya es mañana.
AND. Adiós.
CONDE. Y créeme querida, esta es la verdadera felicidad. (Abraza á Andrea y sale por la puerta del fondo.)
AND. Podrá tener razón, pero yo no me creo feliz.

## ESCENA VII.

ANDREA *y la* BARONESA.

Ésta viene acompañada por la doncella.

BAR. Buenas noches, querida.
AND. ¡Ah! Muy buenas baronesa.
BAR. ¿Es el conde el que acaba de salir?
AND. Sí.
BAR. ¿Quiere usted hacerme el favor de llamarle?... Pero por otra parte... No; usted me lo dirá. ¿Ha estado aquí el general esta noche?
AND. ¿Cracovero?
BAR. Sí.
AND. Sí. ¿Por qué?
BAR. No, por nada; tenía precisión de verle, pero supongo que irá á la Ópera, y allí... ¿Me acompaña usted?
AND. No puedo porque ensayo esta noche.
BAR. ¡Ah! Es verdad, esa famosa *Charada*... si quiere usted que la lleve en mi berlina...
AND. ¡Oh! Es muy temprano.
BAR. Entonces...
AND. ¿Tan pronto me deja usted?
BAR. Sí, hija mía; me esperan.
AND. ¿El general?
BAR. ¿Por qué se sonrie usted al decirmelo? Vamos, usted es una buena amiga y puede hablarme con entera franqueza.
AND. ¿Se enfadará usted?
BAR. No; hábleme usted con toda libertad; se lo suplico. ¿Murmuran de mí?
AND. Algo.
BAR. ¿Y del general?
AND. Sin duda.
BAR. ¿Y qué dicen?

AND. Pues dicen... Pero observe usted que yo no digo nada, ni supongo nada.

BAR. Y hace usted bien, porque todo es falso.

AND. Lo creo, puesto que usted lo afirma; pero la gente... el mundo...

BAR. ¡El mundo!... ¡El mundo!... Y ¿qué le importa al mundo?

AND. Qué quiere usted, se aburre, se fastidia y en algo tiene que ocuparse.

BAR. Justo; en criticarme á mí. ¿Acaso mi conducta tiene algo de extraordinaria, de reprochable? No puede una tratarse con generales sin que murmuren de ella. ¿Qué dirían si fuera un coronel? Ese general, bien lo sabe usted, le conocí en su casa.

AND. Es cierto.

BAR. Le he presentado á mi marido, que le recibe, le agasaja, le invita á comer, etc., etc., y no puede pasarse sin verle. Pero esto es natural y corriente

AND. Es claro.

BAR. ¿Sigue usted riendo?

AND. No; perdone usted; es que estoy muy nerviosa esta noche.

BAR. ¡Jesús!

AND. ¡Vamos! Vamos, cálmese usted y marchemos.

BAR. No, no; antes quiero saber...

## ESCENA VIII.

DICHAS *y* JOSEFA.

AND. ¿Qué ocurre?

JOSEF. Perdone usted, señora; es Birshmann el joyero que insiste en hablar al señor conde.

AND. ¿Le has dicho que el señor ha salido?

JOSEF. Espera que la señora le diga dónde podria encontrarle á esta hora.

AND. No sé; que vuelva mañana temprano.
JOSEF. ¡Oh! Va á sentirlo mucho.
AND. ¿Por qué?
JOSEF. Si la señora me permite...
AND. Di.
JOSEF. Creo que se trata de una sorpresa que el señor conde quiere dar esta noche á la señora.
AND. ¡Ah! Sí, sí ya sé lo que es.
BAR. ¡Á buena hora! ¡Vaya un marido!
JOSEF. Creo que ha faltado á lo que había ofrecido al señor conde, y quiere sin duda darle sus excusas, porque el señor hace una hora estaba muy enfadado con él.
AND. Bien; yo lo arreglaré.
BAR. Sí, sí; no riñamos con los joyeros.
AND. Di á ese señor que pase.
JOSEF. ¡Cuánto se va á alegrar! (Vase.)
BAR. ¡Ea! Yo me marcho.
AND. Ya ventilaremos este asunto mañana.
BAR. Sí, mañana... (Que no me encontrarás en casa ni menos otro día. (Vase.)

## ESCENA IX.

ANDREA Y BIRSHMANN.

Trae una cajita que deja sobre una silla y saluda respetuosamente.

AND. (Sonriendo y poniéndose los guantes.) ¿Qué le pasa á usted, amigo Birshmann? ¿Qué le pasa á usted?
BIRSH. No sé cómo expresar mi agradecimiento á la señora condesa por haberme recibido.
AND. Vamos, cálmese usted. ¿Tiene usted verdadera precisión de ver esta noche al señor conde?
BIRSH. Absoluta, señora, porque yo...
AND. Sí, ya sé que mi esposo está muy enfadado con usted.
BIRSH. Pero muy injustamente le juro á la señora; y

por esa razón he creido conveniente venir para justificarme.

AND. Bueno; ¿dónde está?

BIRSH. ¿Qué?

AND. El objeto; el regalo en cuestión.

BIRSH. El...

AND. Vamos, no quiera usted ocultármelo, porque estoy al corriente de todo.

BIRSH. ¡Ah! ¿La señora condesa sabe?...

AND. Todo, hombre, todo. Hoy es el aniversario de nuestra unión.

BIRSH. ¡Ya!

AND. Vamos, vamos á verlo.

BIRSH. Esto es ya muy distinto. Toda vez que á su esposa lo destina...

AND. ¿Aun duda usted? Acabe por Dios, que me consume la curiosidad.

BIRSH. No; no es que vacile... sino que en nuestra profesión muchas veces no sabe uno. .

AND. ¿Cómo?

BIRSH. Quiero decir que quizá no me sea permitido privar al señor conde del placer...

AND. ¿De sorprenderme? Esté usted tranquilo; el señor conde no sabrá nada, y además yo me haré la sorprendida cuando me lo presente.

BIRSH. Justo; y de ese modo, la señora condesa me dispensará el honor de admirar dos veces el brazalete.

AND. ¡Ah! ¿es un brazalete?

BIRSH. Y de los más lindos, permita la señora la inmodestia, que han salido de mis talleres.

AND. A ver, hombre, á ver ¡Jesús... (Birshmann coge la caja y quita cuidadosamente unos papeles que la envuelven; después, y cuando lo marca el diálogo, dispone la lámpara para que el efecto al enseñar la joya sea mayor) cuántos papeles!...

BIRSH. Todo esmeraldas y diamantes.

AND. Efectivamente, es precioso.

BIRSH. Y combinado con un gusto...

AND. Sí, sí.

BIRSH. Aunque á decir verdad, la gloria no me pertenece por entero, porque el señor conde ha tenido el capricho de dibujar la cifra.

AND. ¡Ah! ¿Hay una cifra?

BIRSH. La inicial del nombre, según me ha dicho el señor.

AND. Una *S*.

BIRSH. Una *S*, sí.

AND. Pero... ¡esta inicial no es la de mi nombre!

BIRSH. ¡Cómo! ¿La señora no se llama Sofía... ó Sylvina?

AND. ¡Andrea!

BIRSH. ¡Santísimo Dios! ¡Qué diferencia!

AND. ¡Es decir que hay otra mujer... que mi marido ha encargado y pensaba regalar esta joya á otra mujer que no soy yo!

BIRSH. Crea la señora que si yo hubiera sospechado...

AND. Pero ¿quién? ¿Quién es esa mujer de quien no tengo la menor idea?... ¿Y cómo si el infiel apenas vive á mi lado?... Si con su despego y su sistema de vida es imposible... y yo sola aquí... ciega... confiada... riéndome con él de mis sospechas... ¡Oh, que imbécil y desgraciada soy!...

BIRSH. ¡Señora condesa!...

AND. ¿Cómo no he podido comprender?... Ve, sal, brilla, diviértete á tu antojo... que á mí no han de mortificarme los celos... ¡Ah! Sí; no eres celoso, no; porque no me amas, porque ya todo ha terminado.

BIRSH. ¡Señora!...

AND. ¡Y yo que le adoro con todo mi corazón, que no vivo sino para él!... !Oh! ¡Qué infamia y qué horrible crueldad!

BIRSH. Tal vez la señora condesa se alarme sin... justificado motivo, y el brazalete esté destinado á algún hombre... No sé lo que digo.

AND. Engañarme... ¿pero con quién? ¿con quién?...

¡Oh! ¡Yo sabré quién me lo roba (con rabia); yo lo sabré aunque sea preciso!...

BIRSH. ¡Muy bien! Prefiero ver así á la señora condesa.

AND. Sí; lo descubriré todo, indagaré, y usted puede darme las primeras noticias, porque usted debe saber algo.

BIRSH. ¡Señora!...

AND. ¿Cuánto tiempo hace que encargó el brazalete?

BIRSH. Un mes.

AND. ¡Un mes!... ¡un mes!... Entonces .. ¡Un rayo de luz Dios mío... ¡Ah! ¡ya le tengo!... la letra inicial *S*... *S*... (Como recordando.) Silvia... Sofía... Salvina... Nó; no he tenido ninguna amiga de este nombre. ¿Pero por qué esta estrella? (Mirando fijamente el brazalete.)

BIRSH. Eso es; ¿por qué esa Estrella?

AND. Esto significa alguna cosa...

BIRSH. ¡Y tanto!... Según me ha dicho el señor conde es una alusión en latín.

AND. ¿En latín?

BIRSH. ¿La señora no sabe latín?

AND. No.

BIRSH. Ni yo tampoco.

AND. Pero aquí debe haber algún Diccionario.

BIRSH. Busquemos...

AND. Estrella...

(Andrea va pasando las hojas de una manera nerviosa que denota su estado febril.)

BIRSH. ¡Perdón, señora condesa, estamos buscando en la *M*!

AND. ¡Es verdad! ¡no puedo!... ¡no puedo!. .

(Sentándose ó más bien dejándose caer en un sillón.)

BIRSH. Si la señora condesa me lo permite.

(Leyendo en el Diccionario.)

«Estrecho,» «Estufa,» «Estera...» Nos quemamos, nos quemamos. Estrella, Estrella...

AND. ¿Estrella?

BIRSH. Estrella... Del latin *¡Stela!* ¡*S* liquida!

AND. (Leyendo y en voz baja.) Empieza con S... ¡Ah! (Dando un grito.) Ya sé quién me le roba. ¿No se llama asi la célebre bailarina de la Ópera?

BIRSH. Sí, señora... y esa es sin duda.

AND. ¿Cómo? ¿Usted lo sabe de cierto?

BIRSH. De cierto, no; pero... lo supongo... y como si lo viera.

AND. ¡Seducido por esa mujer!... (Con mucha amagura.) Humillarme, sacrificarme á semejante aventurera...

BIRSH. Me permitiré observar á la señora condesa que... quizás las relaciones no sean tan íntimas como suponemos.

AND. Después de un mes...

BIRSH. Puede recibirse un regalo sin comprometerse seriamente.

AND. (Sin oir al joyero y como persiguiendo una idea.) Y volverá; volverá y tendrá el valor de presentarse sonriente y amable, y de negarlo, y hasta de reirse de mí... ¡Oh! Nó; no le daré ese gusto; no es á él á quien debo preguntar para cerciorarme de lo que haya; es á ella, á ella misma; quiero verlos... (Con febril exaltación.) Quiero sorprenderlos, quiero anonadarlos... ¿Baila esta noche?

BIRSH. Sí; pero, ¡señora, por Dios; el ir!...

AND. ¿Es una locura?... ¡Que lo sea!... ¿Es indigno de mi nombre y de mi rango? Tanto peor para mi esposo, cuyo nombre llevo.

BIRSH. Todo se podía conciliar si la señora condesa fuera de incógnito... quiero decir, disfrazada.

AND. ¿Usted la conoce? ¿Usted tiene medios de conducirme hasta su cuarto?

BIRSH. La he hablado algunas veces... una hermana mía es su modista.

AND. ¡Ah! ¿Su modista? Iremos.

BIRSH. ¡Ah! La señora condesa quiere...

AND. Todo por saber la verdad; usted me hará el fa-

vor de acompañarme. Gracias, amigo mío, muchas gracias. Dentro de dos segundos.

(Aparece Rodolfo.)

ROD. Ahí está el caballero Ribestein que pregunta si la señora condesa quiere aceptar su coche.

AND. ¿Para qué?

ROD. Dice que para ir á ensayar la *Charada*.

AND. ¡Ah! ¡La *Charada!*... Di al caballero Ribestein que no ensayo esta noche. (Hace señal á Birshmann para que la espere y entra en sus habitaciones.) Represento.

FIN DEL ACTO PRIMERO

# ACTO SEGUNDO

Cuarto de una bailarina suntuosamente amueblado. Lienzo de pared cortado á la derecha con puerta que da á un pasillo. En primer termino gran diván; entre éste y la puerta un gran espejo. En el fondo chimenea. A la izquierda, primer termino, tocador *paravent*. En medio un gran pie con un gran florero guarnecido de palmeras. Por todas partes coronas con cintas y dedicatorias.

## ESCENA PRIMERA

SYLVINA, REVEL, CRIADOS.

CRIADO 1.º (Desde la puerta con un magnífico *bouquet* en la mano.) ¿Es este el cuarto de la señorita Estrella?

SYLV. (Que está mirándose al espejo y se arregla el peinado.) Sí, señor, pase usted.

(Revel entra detrás del criado; trae lentes y pasa á la derecha.)

CRIADO 1.º De parte del conde de Komar.

SYLV. Está muy bien.

REV. (Está sentado en el diván tomando nota de todo lo que sigue.) Komar... violetas... lilas blancas...

CRIADO 2.º ¿La señorita Estrella?

SYLV. Aquí es.

CRIADO. De parte de S. E. el general Peterouskof.

SYLV. Bien.

REV. (Escribiendo.) ¡Camelias!

CRIADO 3.º De parte de S. E. Ragu Bajá.

REV. (Mismo juego.) Ragu Bajá... gardenias.

SYLV. Aquí... gracias...

REV. Dos... cuatro... seis... ocho líneas... Perfectamente. (Se levanta.) Ahora, simpática joven... una palabra.

SYLV. Toma ¿de dónde sale usted?

REV. No salgo; entro. (Besando á la joven.)

SYLV. (Oponiéndose débilmente.) ¡Ya!... Pero ¿quién es usted? Porque yo no os conozco.

REV. Razón de más para que entablemos relaciones.

SYLV. Buen tuno es usted; apostamos que es usted periodista.

REV. ¿En qué lo has conocido? ¿En lo tuno?

SYLV. Y en lo listo.

REV. Pues sí; soy periodista; noticiero del *Microscopio*, del periódico mejor informado de Viena.

SYLV. ¿Y viene usted aquí?...

REV. A sacar el mayor partido posible de las indiscreciones de tu muy adorable señora. (Abre su librito de apuntes.) ¿Decíamos que partíamos esta noche, no es así?

SYLV. ¿Cómo?... ¿Sabe?...

REV. ¡Je!... ¡je!...

SYLV. Pues sí, señor periodista. La señora baila esta noche por última vez en esta temporada. Hace cuatro horas no pensaba ni remotamente en partir; pero ha recibido un telegrama.

REV. ¿Un telegrama? (Escribiendo.)

SYLV. De Bucharest.

REV. ¿De la Ópera?

SYLV. Sí; haciéndola proposiciones tan sumamente ventajosas y apremiándola tanto que...

REV. Muy bien. ¿Tú has visto ese telegrama?

SYLV. Aquí está.

REV. Perfectamente; le copiaré. (Escribe.)

## ESCENA II.

DICHOS *y* WIDMER.

WID. ¿Quién me nombra? ¡Hola! ¿Estás ya aqui? (Viendo á Revel.)

REV. ¡Ja! ¡Ja!... ¿Qué creías?

WID. ¿Y el telegrama? (Revel se levanta y le pasa por la cara el telegrama.) ¡Ah, bandido!... ¡Me vengaré!

REV. Tu dolor me inspira un gozo satánico.

WID. En fin, tu señora parte esta noche ¿no es verdad? (Á Sylvina.)

REV. ¡Valiente noticia!

WID. ¿Y cómo hace el viaje? ¿Por mar? ¿Por tierra?

REV. Por el aire.

WID. ¿En globo?... Contéstame bajo. (Abrazando á Sylvina.)

SYLV. ¡Ja!... ¡Ja!... En buque.

REV. (Abriendo su cartera y prestando oído.) ¿Decían ustedes?

WID. ¿Su nombre?... ¡Bajo!... !Muy bajo!...

REV. ¡Muy alto!

WID. (Haciendo pasar á Sylvina al otro lado pero sin soltarla.) Muy bajo.

REV. No se lo digas y ten presente que te adoro.

WID. Dímelo y me caso contigo.

SYLV. (Bajo á Widmer.) *El Centauro.*

(Revel corre cerca de Widmer para colocarse detrás de Sylvina. Ésta pasa á la izquierda de Widmer.)

WID. ¿El capitán?...

SYLV. Gregor.

WID. ¿A qué hora?

SYLV. A las dos de la mañana.

REV. (Que se ha colocado detrás de Sylvina escribe.) A las dos de la mañana.

WID. Si; pero tú no sabes el nombre del buque.

REV. Lo sabré; en cambio tú ignoras lo que dice el telegrama.

| | |
|---|---|
| WID. | Lo inventaré. |
| REV. | ¡Cínico! |
| SYLV. | Vamos, fusiónense ustedes. |
| LOS DOS. | ¡Nos fusionamos! |
| REV. | ¡Encantadora! |
| WID. | ¡Divina! (Abrazando los dos á Sylvina.) |

ESCENA III.

DICHOS, RABNUM *y* MAQUINISTAS.

| | |
|---|---|
| RAB. | (Entra por el fondo seguido de los maquinistas; el primero trae un metro en la mano, los segundos se quedan en la puerta examinando ésta y el tabique.) Listos, muchachos, listos, que yo corresponderé; no hay que perder un minuto. |
| WID. | ¡Oh, ilustre director! Estábamos tomando noticias. |
| RAB. | ¿Cómo se detienen ustedes aquí en una noche como esta? ¿Por qué no van ustedes al salón? |
| WID. | ¡Al instante! ¿En qué están? |
| RAB. | Terminando el acto. Estrella tiene ahora la salida. |
| SYLV. | ¡Oh! |
| WID. | ¡Hasta luégo! (Vase y Sylvina.) |

ESCENA IV.

REVEL, RABNUM *y* MABLOU.

| | |
|---|---|
| REV. | ¿De modo que el entusiasmo es grande? |
| RAB. | Grandísimo. (Á Mablou que tiene un metro en la mano y toma medidas.) ¿Podrá ser? |
| MAB. | Sí, señor. |
| REV. | ¡El bueno de Rabnum! ¡Cómo se conoce que es usted americano! No hay director tan inteligente ni más conocedor del público. |
| RAB. | Gracias, muchas gracias. |

REV. Sólo que esta noche no ha sacado usted todo el producto al negocio.

RAB. ¿Cómo?

REV. Si hubiera usted previsto el viaje de Estrella, el precio de las localidades se hubiera triplicado, y eso significaría una ganancia extraordinaria.

RAB. Es verdad; pero el telegrama no ha llegado hasta hace cuatro horas y ya no había tiempo para tirar y fijar nuevos carteles.

REV. Pues es una lástima. Porque ¿de qué servirá ese delirio del público?

RAB. ¿De qué? ¡Mablou!

MAB. ¡Señor!

RAB. ¿Podrá estar todo á su tiempo?

MAB. Creo que sí. Tenemos aserrado el tabique, que caerá todo de una vez.

REV. ¡Hola!... ¡hola!

RAB. ¿Y el otro tabique... el del comedor?

MAB. ¿El del comedor dispuesto para las noches de bailes? Con un silbido desaparece elevándose como por encanto.

RAB. ¿Total de minutos?

MAB. Cinco para la maniobra, mientras se desocupa el teatro; diez para la colocación de las mesas, y otros diez para preparar el servicio... En fin, un entreacto de veinte minutos.

RAB. (Á Revel.) ¿Oye usted esto?

REV. Cubiertos... mesas... ¿De qué se trata?

RAB. Helo aquí. (Coloca un gran cartel, que le dará Mablou, sobre el espejo.) Y mano á la cartera, señor periodista.

REV. Esto es lo que se llama un cartel bien hecho.

RAB. A la americana; ustedes los europeos no entienden de estas cosas. Y en letras pequeñitas. (Riéndose de las dimensiones y tipos del anuncio.)

«Empresa Rabnum.—Teatro de la Ópera.—15 de Marzo de 1873.—Esta noche, después de la representación, gran banquete de despedida

ofrecido á la señorita Estrella por los admiradores de su genio. El banquete constará de trescientos cubiertos y será servido en el escenario. La orquesta ejecutará los números de bailables más aplaudidos, y el servicio de vinos y licores estará á cargo de cuarenta señoritas del cuerpo de baile vestidas de pajes.»

RAB. ¿Y bien?

REV. Espléndido... magnífico, amigo Rabnum.

RAB. ¿Comprende usted? Yo elevo el entusiasmo del salón á una temperatura extraordinaria. Hago fijar treinta carteles como ese en los pasillos, foyer y galerías, y cuando el espectador, loco ya por Estrella, sale de su localidad al entreacto, se encuentra con el anuncio. Mil doscientas personas se reunen entonces en el gran foyer para disputarse trescientos... no... doscientos cincuenta cubiertos, porque tengo reservados cincuenta para los amigos...

REV. (Apretando la mano á Rabnum.) ¡Gracias!

RAB. Que me son útiles.... Doscientos cincuenta cubiertos, como digo, puestos en subasta á veinticinco florines, suben á ciento cincuenta por lo menos... Total, treinta mil florines por una cena que apenas me costará cinco mil. Esa es la operación.

REV. ¡Gran hombre! ¡Extraordinario!

RAB. Ahora ya sabe usted su misión.

REV. Sí; elevar la temperatura en los pasillos. Esté usted tranquilo.

MAB. ¿Dejamos el anuncio?

RAB. ¡Sí; dejarle... y pensad en el banquete!... Mablou, las palmeras sobre las mesas ¿eh? no olvide usted las palmeras... y un tigre en medio.

REV. ¿Un tigre?

RAB. Disecado; con una corona de oro en los dientes. Ha servido ya en veinte poblaciones... Deprisita, deprisita. (Se oyen á lo lejos aplausos y vivas

á Estrella.) ¡Oh! Oid eso. (Mirando su reloj.) ¡Las diez!... El acto va á terminar.

## ESCENA V.

LOS MISMOS, FEDERICO, CRACOVERO *y dos ó tres admiradores,* BALTASAR, *luégo* REVEL.

Todos se quedan en el pasillo; después y poco á poco invaden completamente el cuarto; movimiento de idas y venidas en el comedor, foyer... se ven pasar actores, actrices, empleados del teatro, etc.

FED. (Fijándose en el anuncio.) ¡Ah! ¡Bravísimo! Ved ahí una gran idea.

CRAC. Magnífica.

RAB. (Frotándose las manos.) ¿Verdad que sí?

FED. ¡Señores, un viva á Rabnum!

TODOS. ¡Viva!

RAB. (Envanecido.) ¡Señores!

ABONADO. (Con un billete de Banco en la mano.) Señor Rabnum, supongo que tendré un cubierto como abonado?

OTRO. ¿Y yo?

TODOS. ¿Y nosotros?

RAB. ¡Señores... señores... al gran foyer!

TODOS. ¿Pero pagamos?

RAB. A la subasta.

MUCHOS. ¿Con los amigos?... Hombre.

RAB. Esta noche no hay amigos... á la subasta... todos. (Los admiradores salen precipitadamente.—Frotándose las manos.) ¿Pero ustedes, qué hacen aquí?

FED. Si no se puede llegar á nuestros asientos; las galerías y pasillos están invadidos.

CRAC. Hasta los bastidores.

(Sylvina va y viene durante esta escena para tomar diversos objetos, y últimamente un peinador.)

RAB. Esos aunque la entrada del salón sea floja. ¿Y el señor conde por dónde anda?

FED. No lo sé.

(Atronadores aplausos en el teatro; después se oye una campanilla más próxima.)

RAB. Ha terminado el acto. (Gran alboroto.)

FED. ¡Bribón!... ¡Qué éxito!

CRAC. Se rompen las manos y las banquetas.

RAB. He sacrificado dos filas.

REV. (Entra precipitadamente enjugándose la frente.) ¡Qué éxito... se excede á sí mismo!...

RAB. (Dirigiéndose al proscenio.) ¡Plaza!... ¡plaza!

CRAC. Aquí se ahoga uno.

RAB. ¡Señores, háganme ustedes el obsequio!

VOCES. No pararse en el corredor.

(Por el fondo se ven pasar muchas mujeres y el cuerpo de baile con pañuelos ó chales al cuello, para ganar sitio y ver mejor el foyer ó cuarto.)

RAB. (A los abonados que obstruyen la entrada.) Señores, hagan ustedes el favor de despejar la puerta.

## ESCENA VI.

DICHOS, ESTRELLA, REVEL, DOCTOR BAZILOS *y seis abonados.*

TODOS. (Saludando y aplaudiendo la entrada de Estrella. ¡Bravo! ¡Bravo!

ESTR. (Desde el fondo.) ¡Señores!

TODOS. ¡Bravo! ¡Bravo por Estrella!

ESTR. (Entra en su cuarto; trae traje de bailarina y sobre los hombros un chal.) ¡Señores!...

RAB. (Aumentan los gritos y los bravos.) Niñas, á vuestros cuartos. (Con mucho interés á Estrella.) Un vaso de Champagne ¿eh?

ESTR. Sí; helado.

DOCT. (Muy rápido.) No; helado no.

ESTR. ¿Por qué doctor?

DOCT. No es conveniente.

RAB. (Dando la orden.) Champagne, pronto.

ESTR. (Sentada mientras que Sylvina la descalza.) Qué hermosa estaba la sala ¿no es cierto, doctor?

DOCT. Un diamante de dos mil pesetas.

ESTR. (A Rabnum.) ¿Es la Pechina la que ocupaba una platea de la derecha?

RAB. Sí.

ESTR. Pues su cabeza es una mazorca de maiz.

RAB. Vamos; el Champagne. (Sirve el vino.)

ESTR. A la salud de todos, señores.

TODOS. ¡Bravo! ¡Bravo!...

ESTR. Y ahora suplico á ustedes me permitan cambiar de traje.

TODOS. ¡Qué desgracia, caramba!

FED. ¡Que lástima!

ESTR. (Riendo.) Sí, en efecto... ¿no ha venido Esteban?

FED. No sé por dónde anda; ya vendrá.

ESTR. Vamos, señor Cracovero .. amigo Federico ..

RAB. Fuera, señores, fuera.

CRAC. Hasta muy pronto.

DEP. No pararse, señores; no pararse. (Desde los pasillos.)

AVIS. El segundo acto va á empezar.

## ESCENA VII.

ESTRELLA *y* SYLVINA, *luégo* LAMBERT.

ESTR. ¡Uf! Me ahogo; dame un vaso de agua.

SYLV. (Sirviéndole y desplegando el *paravent.*) ¿La señora sabe que se la ofrece un gran banquete?

ESTR. Sí; una idea de Rabnum. ¡Es un bribón! El banquete le proporcionará algunos miles de francos.

SYLV. He oído hablar de una corona de oro para la señora.

ESTR. Bien puede dármela... pero con todo eso no lograremos dormir esta noche.

SYLV. (Preparando los trajes.) La señora tendrá tiempo de dormir en el barco.

ESTR. Ya sabes que salimos á las tres. El capitán retrasa una hora la salida por mí, pero no puede esperar más.

SYLV. Todo está embalado. (Llaman.) ¿Quién?
VOZ. Lambert.
SYLV. El peluquero... Adelante. (Entra Lambert.)
ESTR. Vamos, pesadito.
LAMB. He estado peinando á la señorita Noemia.
ESTR. No habrá sido seguramente su pelo.
LAMB. No tiene tanto como la señora, pero razón de más.

(Entra en un pequeño reservado que está formado al lado de la chimenea y cerrado por el *paravent.*)

ESTR. (A Sylvina.) ¿Y la costurera... dónde está? A las cuatro ha debido traerme un jubón.
SYLV. Podemos enviar á un muchacho. (Llaman.) ¿Quién?
BIRSH. (Desde fuera.) Birshmann.
ESTR. ¿El joyero?
SYLV. El joyero.
ESTR. Que entre. (Pasa con el peluquero detrás del *paravent.)*
SYLV. Pase usted.

## ESCENA VIII.

DICHAS, BIRSHMANN *y* ANDREA.

Andrea no con mucha elegancia, pero sí con coquetería, trae sombrero.

BIRSH. Pido mil perdones si...
SYLV. Pase usted, pase usted, la señora está detrás del biombo.
BIRSH. (Volviéndose á Andrea.) Pase usted, Otelia (A Sylvina.) Es la costurera de mi hermana.
ESTR. ¿Trae el jubón?
BIRSH. (Tomando una caja que traerá Andrea.) Aquí está.
ESTR. ¡Gracias á Dios! Dádmelo Sylvina.
BIRSH. (A Andrea que está como aturdida.) ¡Por Dios, señora, serenidad; mucha serenidad!
AND. ¡Si, si! La tendré.
ESTR. Perfectamente, pero ya era tiempo. Hágame usted el favor de no irse.

BIRSH. ¿Yo?
ESTR. No; la muchacha.
BIRSH. Bien. (A Andrea.) ¡Serenidad por Dios, mucha serenidad, sino queremos ser descubiertos!
AND. ¡No está aquí!... ¡Si nos habremos engañado!
ESTR. ¡Eh! Despacito que me tira usted del pelo... No ha recibido usted ningun encargo para mí, amigo Birshmann.
BIRSH. No, señora. He venido esta noche para enseñar el camino á esta señorita, que es nueva y no sabe...
SYLV. Dicen que la corona es de...
BIRSH. ¡Ah! ¿Sabe ya la señora?... Pues si, en efecto, la corona sale de mis talleres.
ESTR. ¿Es buena?
BIRSH. Preciosa, de un gusto especial.
ESTR. No; no pregunto eso... sino el precio, el peso que tiene.
BIRSH. (Es una mujer práctica.) Su mayor mérito está en las hojas que...
ESTR. ¿Son macizas?
BIRSH. Si, señora, macizas. (Eminentemente práctica.)
ESTR. Da tu dedal á esa muchacha...
AND. (Media voz.) ¡Esa muchacha!
ESTR. Y que repase la malla.
AND. (A Birshmann.) ¿Que yo repase?
BIRSH. No hay remedio... el guante está arrojado.
AND. Es verdad, pero nunca me rebajaré.
(Sylvina va y viene buscando objetos.)
BIRSH. Entonces vámonos.
AND. ¿Sin saber...?
BIRSH. Pues es preciso decidirse.
SYLV. (Dando la malla á Andrea.) Tome usted.
(Andrea la recibe y la arroja sobre el canapé.)
ESTR. (Por detrás del *paravent* se asoma peinada.) Vamos, ahora, amigo Birshmann, hágame el favor de...
BIRSH. ¡Cómo, la señora quiere!. .

ESTR. Es natural, si he de vestirme.

AND. (Rápidamente á Birshmann deteniéndole.) No se vaya usted.

BIRSH. (Alto) ¿Es qué...?

ESTR. ¿Qué?

BIRSH. Aseguro á usted que soy tan poco mirón. Además, estando el peluquero ahí, me parece...

ESTR. (Sale Lambert.) El peluquero no es un hombre...

BIRSH. Pues yo...

SYLV. (Mostrando á Birshmann la puerta que ha dejado abierta el peluquero.) ¡Ja! ¡Ja! No diga usted tonterias y obedezca.

AND. (A Birshmann muy bajo.) ¿Sola con ella?

BIRSH. Ya lo ve usted; es preciso.

ESTR. ¿Se ha marchado usted ya?

BIRSH. Ahora mismo,

ESTR. Y pese usted la corona ¿eh? Que saque siempre lo que vale.

BIRSH. Descuide usted; todo es unos cuantos minutos.

AND. (Manifestando celos.) ¡Oh! ¡Es muy bella!

BIRSH. Vuelvo al instante.

AND. (No cesando de mirar á Estrella y tomando rápidamente una resolucción.) ¡Oh! Me quedo.

(Vase Birshmann y Sylvina cierra la puerta.)

## ESCENA IX.

ESTRELLA, ANDREA *y* SYLVINA.

ESTR. ¿Se ha marchado?

SYLV Sí, señora.

ESTR. (Saliendo.) ¡Gracias á Dios! Pase usted ahí, hija mía, y verá usted mejor.

AND. (Devorándola con los ojos.) Es muy hermosa.

(Llaman muy quedo.)

ESTR. ¿Llaman...? Ve quién es.

SYLV. ¿Quién?

CONDE. Soy yo, Sylvina.

AND. (Él)

SYLV. Señora, es el señor conde.

ESTR. (Con mucha tranquilidad y haciendo su tocado.) ¡Ah, se ha decidido!...

CONDE. (Llamando con impaciencia.) ¿Se puede entrar?

SYLV. Espere usted.

AND. (Mirando á Estrella con mucha ansiedad, porque ésta tiene la espalda desnuda.) ¡Dios mío! ¿Le recibirá ahora?

SYLV. Señora ¿abro?

ESTR. No.

AND. ¡Ah!

ESTR. (Alto.) Conde, no le puedo á usted recibir porque estoy en traje bastante ligero.

CONDE. (Insistiendo.) Una palabra nada más.

ESTR. ¿Qué?

CONDE. ¿Es cierta la noticia que me han dado...? ¿Parte usted esta noche?

ESTR. Parto.

CONDE. Pero bien; ¿y yo?

ESTR. ¿Usted?

CONDE. Sí.

ESTR. Usted se queda.

CONDE. Quiero hablar á usted esta noche irremisiblemente. Lo quiero.

ESTR. ¿Cómo? ¿Quiero ha dicho usted?

CONDE. No, perdón; lo suplico si es preciso de rodillas.

ESTR. ¡Eso ya es otra cosa! Paséese usted por los corredores y dentro de diez minutos...

CONDE. ¡Estrella, ingrata Estrella, tratar de tal suerte á un hombre que no vive sino para usted!...

ESTR. (Tranquilamente.) Diez minutos.

CONDE. (Suspirando.) ¡Me resigno!

ESTR. Eso es.

SYLV. (Viendo que Andrea se va á desmayar.) ¡Ay! ¡Dios mío!

ESTR. ¿Qué es?

SYLV. La costurera que se pone mala.

ESTR. ¿Eh? Hija mía ¿qué tiene usted?

AND. No es nada, señora, perdóneme usted.
SYLV. (Haciéndola sentar.) Sí; está usted muy pálida.
ESTR. (Cogiéndola una mano.) Y helada.
AND. Sí; creo...
SYLV. Será el gas tal vez.
AND. Sí; eso es; el gas.
ESTR. Abre un poco la puerta.
AND. No; ya ha pasado. (Quiere levantarse.)
ESTR. No; no se mueva usted, hija mía. (A Sylvina.) Es muy simpática esta joven; dala un poco de Champagne; eso la reanimará.
AND. No señora, lo agradezco... Me siento mejor.
ESTR. ¿La dan á menudo esos vahidos?
AND. Algunas veces.
SYLV. Tal vez sea el exceso de trabajo.
AND. Sí; creo que es algo de fatiga.
ESTR. Pues bien; deje usted la costura y retírese.
AND. ¡Oh! No; todavía no.
ESTR. Sí, hija, sí; eso no corre prisa.
AND. Suplico á usted que me permita permanecer aquí... No sabría salir...
ESTR. (Mientras que Sylvina continua vistiéndola.) Como quiera usted. Siéntese usted ahi y no haga nada... Pero ¿qué es eso? ¿Ha llorado usted?... ¿Tiene usted alguna pena?
AND. ¡Sí, señora; una gran pena!
ESTR. (En su tocador.) Lo he sospechado. También yo he tenido muchas en mi vida... por esos monstruos de hombres... Algún amorcillo... (¡Pobre joven!)
SYLV. Ó algún marido; hay por ahi cada marido que enciende lumbre.
ESTR. ¿Es usted casada, hija mía?
AND. Sí, señora.
ESTR. Vamos; no diga usted más. ¡Tan joven!... ¡Que una se case cuando llega el ocaso de la vida lo comprendo!... ¡Pero á esa edad!... ¿Y hace mucho tiempo?

AND. Dos años.

SYLV. ¡Dos años! ¿Le parece á usted, señora, y ya con esos disgustos?

ESTR. ¿De cierto que la engaña á usted?

AND. Quizá.

ESTR. Puede usted asegurarlo... porque no hay uno bueno... ¿Y con quién? ¿Con alguna bribona?

AND. Sí.

ESTR. ¡Oh! ¡Evidentemente!... ¿Y eso la apena?... ¡Pobrecilla! (Á Sylvina.) Dime ¿no te parece que este cuerpo es un poco largo?

SYLV. (De rodillas y arreglándola.) Sí, señora, un poco. (Á Andrea.) Si yo fuera que usted, ya tomaría mi partido; le devolvería el disgusto imitándole.

AND. ¡Oh!

ESTR. Y tiene mucha razón. Usted es joven, bonita y en vez de quemarse la sangre y de perder la salud y con ella la hermosura...

SYLV. Pues es claro... ¡Y para el tiempo que nos son fieles!...

ESTR. ¿Qué consigue usted y las que como usted piensen con afligirse y llorar? Ajar su rostro y dar ocasión al tirano á que busque en la mujer ajena los encantos que no halla en la propia. Creame usted; no es esa la manera de atraerlos; la mujer siempre dispone de medios... ¡Oh! ¡Cuántas veces que se les pierde como maridos suele encontrárseles como amantes!

AND. (¡Qué moral!)

ESTR. Todas incurren ustedes en la misma falta. Aman ustedes demasiado á sus esposos, y, sobre todo, se lo demuestran con demasiada claridad.

AND. ¡Es cierto!

ESTR. ¿En qué consiste que nosotras, las mujeres de teatro, estemos tan solicitadas? Pues en nuestra frivolidad y en nuestra inconstancia. Como no se tiene ningún derecho sobre nosotras, á cada instante temen que nos escapemos, y por eso

nos miman más. ¿Se ha fijado usted en el que ha llamado antes?

AND. ¡Oh!

ESTR. ¿Tan tierno, tan cariñoso y tan sumiso? Pues está así porque me burlo de él y no doy ningún valor á sus protestas amorosas. Le he tratado como á un perro mandándole pasear por los pasillos... y, sin embargo, volverá con sus orejas gachas y hará todo cuanto me se antoje por difícil ó enojoso que sea. Y ha de saber usted que también es casado, y que tal vez su mujer me aventajará en juventud y hasta en hermosura. Pues bien; ese hombre, que tiene en su casa la tranquilidad y la dicha al lado de su esposa, viene aquí hace tres meses, sin faltar una sóla noche, á sufrir mis desprecios y á soportar más de una humillación.

AND. ¿Sin que haya adelantado?...

ESTR. Nada todavía.

AND. ¡Oh!

ESTR. Pero precisamente por eso. Aquí lucha y en su casa no; y esa lucha es la que le tiene completamente subyugado á mí y casi loco. Si yo le dijese «es preciso que abandones tu casa, tu mujer, tus negocios... todos.. por seguirme...»

AND. ¿Lo haría?

ESTR. ¡Qué duda cabe!

AND. Casi me resisto á creerlo.

ESTR. (A Sylvina.) ¡Inocente!

AND. Ese hombre ¿sería capaz de todo por usted?

ESTR. ¿Quiere usted convencerse? ¿Tiene usted verdadera curiosidad por verlo?

AND. Sí, señora.

ESTR. Pues bien; voy á satisfacer su capricho. Además, eso nos divertirá.

CONDE. (Desde el pasillo.) ¡Estrella!

ESTR. (Riendo.) Vamos, ya estoy.

AND. ¿Ya?

ESTR. ¿Va muy adelantado el acto?
SYLV. La señora puede disponer todavía de ocho minutos.
ESTR. ¡Oh! Es más que suficiente.
CONDE. ¡Estrella!
ESTR. (Alto y separando el *paravent.*)
AND. ¡Pero señora!... (Asustada.)
ESTR. Pase usted aquí, tontuela... y aproveche la lección.
AND. (No hay más remedio.) (Pasa detrás del *paravent.*)

## ESCENA X.

ESTRELLA, SYLVINA, CONDE *y* ANDREA.

CONDE. Por fin...
ESTR. Vamos ¿está usted ya contento?
CONDE. ¡Contento! ¡Ah! Dígame usted que no es eierta la noticia que acabo de oir. ¿Se marcha usted?
ESTR. Dentro de pocas horas.
CONDE. ¡Pero eso es imposible! ¿Y yo? ¿Qué va á ser de mí?
(Estrella se apoya en un pasamano que hay delante de un espejo y hace algunos ejercicios.)
ESTR. ¡Ja!.. ¡Ja!...
CONDE. Yo no me resigno á perderla á usted.
ESTR. ¿Qué es eso de perderme?
CONDE. A perder la esperanza.
ESTR. ¡Ah!
CONDE. Sí; sé lo que usted va á decirme; que usted no ha alimentado esa esperanza y que hace tres meses que estoy perdiendo lastimosamente el tiempo. ¿Qué me importa mientras usted está aquí, mientras yo la vea y pueda repetirla mil veces que la amo?
ESTR. ¡Ja! ¡ja!
CONDE. ¡Ah! ¡Estrella! ¡No tome usted á burla este amor!
ESTR. ¿Amor? ¿Amor dice usted?... ¿Y quién me asera que sea verdadero? ¿Qué pruebas tengo de él?

CONDE. ¿Que no tiene usted?

ESTR. ¿Su constante asiduidad? ¡Valiente prueba! ¿Sus infinitas declaraciones? Mi *secretaire* está lleno de ellas. ¿Sus ramos? ¿Sus obsequios?... ¿Sus joyas? Tienda usted la vista en rededor y se convencerá del número de mis pretendientes que se hallan en igual caso. ¿Por qué ha de ser usted el preferido?

CONDE. ¡Oh! ¡No me compare usted!...

ESTR. Pues bien; dejando á un lado las comparaciones... ¿qué valor... qué importancia da usted á su ídolo cuando la cree capaz de rendirse por media docena de lisonjas y de capitular á la vista de unos cuantos brillantes? ¡Ah, amigo mio, esa es la mejor prueba de lo que significa su amor hacia mi! El amor no se compra; se conquista á fuerza de sacrificios, y yo no soy para usted sino un capricho como mil que se tienen en el mundo.

CONDE. ¿Es posible que usted crea?...

AVIS. Prevenida la señora.

ESTR. Voy. Ea, ya ve usted que me aguardan. Hasta luégo... ó adiós para siempre.

CONDE. ¡Qué! ¿Así se va usted?

ESTR. Supongo que no me impedirá usted partir esta noche.

CONDE. No puedo afirmarlo; pero sí juro á usted que no nos separaremos de este modo.

ESTR. Vamos, no sea usted niño; déjeme usted salir.

CONDE. Una palabra nada más.

ESTR. Venga.

CONDE. No me cree usted verdaderamente enamorado ¿no es asi?

ESTR. Así es.

CONDE. Y cuanto pudiera decir...

ESTR. Sería en vano.

CONDE. Pues bien; ya que no las palabras, le convencerán á usted las obras .. ¿Quiere usted pruebas

de este amor? Díctemelas usted, mande usted, que á todo estoy dispuesto.

ESTR. ¡Ja! ¡ja!

CONDE. Díctemelas usted; yo lo reclamo; tengo derecho á ello; lo exijo.

ESTR. Si yo me hallara en el lugar de usted, y me mostrara tan enamorado como usted pretende estarlo, le aseguro que sabría encontrar sin gran trabajo una prueba.

CONDE. ¿Cuál? (Fuera de sí.)

ESTR. He aquí un hombre que, según dice, no vive sino por mí y para mí .. y oye que me ausento y no imagina nada y se limita á lamentarse... y todavia espera que yo me arroje en sus brazos diciéndole ¡Ah! ¡Si! ¡Te amo! ¡Te adoro! ¡Tu esclava soy! ¡Ja! ¡ja!

CONDE. ¡Ah, sí, seguirla! ¿Es eso lo que pretende de mí?

ESTR. Eso ú otra cosa, ¿qué sé yo? Pero, en fin, algo que no sea capaz de hacerlo todo el mundo.

CONDE. Bien; ¿y si lo realizo?

AVIS. Ha principiado el baile, señora.

ESTR. Hará usted que falte á mi salida.

CONDE. Una palabra, una sola. ¡Por piedad! ¿Si la sigo á usted á Bucharest?...

ESTR. Sígame usted y... (Ya en la puerta.)

CONDE. Después...

ESTR. Veremos. (Vase.)

CONDE. ¡Oh! ¡Será mía!

AND. (Al oir las últimas palabras de su marido cae sobre un sillón, detrás del *paravent*.) Y se irá ¡cielo santo!

## ESCENA XI.

CONDE, ANDREA *oculta*, *el* DOCTOR.

CONDE. (Después de un momento de silencio.) ¿Y por qué no he de partir? ¿Quién se opone á ello?... Nadie. Después de todo se trata de un viaje de quince

días; la ausencia no puede ser más corta... Un pretexto cualquiera... un negocio de interés urgente... así como así tengo haciendas por esa parte... ¿y Andrea? ¡Bah! La diré que es preciso, que (se sienta muy cerca del *paravent*, de modo que la cabeza de Andrea, que escucha ansiosamente, se encuentra muy cerca de la de Esteban) nuestra fortuna depende de este viaje; la amenazaré con la bancarrota... ¿qué sé yo?... el caso es que me crea y me creerá... Pero no; la partida es demasiada brusca... dudará de mí... ¡ella tan celosa!... Se entregaría á mil congeturas... y tras las sospechas quizá llegue al descubrimiento de la verdad... Y después abandonarla de este modo, dejarla sola... ¡sola, con sus temores y recelos!.. ¡Ella que me ama tanto! (Movimiento de esperanza en Andrea.) ¡Ah, Esteban!... No te alucines, piensa que lo que vas á hacer es indigno y casi una infamia.

AND. (Con gozo.) ¡Ah! (Aplausos, voces dentro.)

CONDE. (En pie, exaltado por los aplausos que oye.) ¡Oh, ahora entra en escena! ¿Tú aquí?

## ESCENA XII.

ANDREA, CONDE *y el* DOCTOR.

DOCT. (Que ha estado hablando en el pasillo con una bailarina.) ¿Cómo no estás en tu puesto?

CONDE. Doctor, tú eres un buen amigo mio, (Andrea desaparece, el Doctor y Esteban bajan casi á la concha) y quiero hablarte con entera franqueza. ¿Sabes de algún remedio para combatir una pasión?

DOCT. Sí; satisfacerla.

CONDE. ¿Y si no fuera posible satisfacerla, sino con condiciones hasta duras?

DOCT. Entonces se la combate.

CONDE. ¿Y si uno se considera impotente para combatirla?

Doct. Será que administre mal los remedios.

Conde. Vete al demonio; tratas el amor como otra cualquier enfermedad.

Doct. Absolutamente lo mismo.

Conde. Eres un loco.

Doct. No tanto como tú.

Conde. ¿Yo loco?

Doct. No eres un loco propiamente dicho, sino un maniático; existe en ti el predominio absoluto de una idea fija, es decir, una manía que entra en el orden general de los delirios amorosos... Y tu caso personal es Estrella... Eres, pues, un maniático de una especie hoy comun, un estrellista.

Conde. ¡Oh!

Doct. Padeces una hermosa manía que tu razón condena, pero que no puedes desterrar de ti. Estás tan enfermo como el hombre que en su locura cree ser un rayo. Bajo el imperio de una idea fija, ese hombre pone fuego á su casa; tú, á tu familia. ¿Dónde está la diferencia que existe entre los dos? Él, como tú, obedece á un solo pensamiento: él no ve las cosas tal como son; lo mismo que tú tienes instantes de lucidez él tambien. Él tiene vértigos, y tú lo mismo, porque si así no fuese, no pretenderías descubrir en Estrella encantos y perfecciones que no posee.

Conde. Pero. .

Doct. Yo no discuto; cito hechos.

Conde. (Irónico.) Pues bien, ¿qué me aconsejas?

Doct. El paseo, los baños y todo genero de distracciones, exceptuando el teatro, sobre todo cuando se baile.

Conde. ¿Y me curaré?

Doct. Por lo menos te aliviarás algo.

Conde. ¡Bonito sistema! Te odio como á todos los materialistas.

DOCT. (Con mucha frialdad.) Eso es una crisis.
CONDE. Sois unos médicos de comedia.
DOCT. Crisis con cólera...
CONDE. ¡Farsantes! ¡Charlatanes! (Exasperado.)
DOCT. Y con injurias... ¿Sabes que estás más enfermo de lo que yo creía?
(Se oyen grandes aplausos.-Rabnum entra precipitadamente buscando por todas partes; Esteban y el Doctor presencian esta pesquisa asombrados y sin comprender nada. Aumentan los aplausos. Música.)
CONDE. (Haciendo burla al doctor.) Continúa la locura, ¿no es verdad? ¿Todos están locos en el salón?
DOCT. Todos; locura colectiva.
CONDE. Y tú.
(Sale precipitadamente, aumenta el ruido y los aplausos.)
DOCT. (Vase muy despacio detrás de Esteban.) ¡Tal vez sea un caso de otra naturaleza!

## ESCENA XIII.

ANDREA *sola, después* BIRSHMANN.

AND. (Sale de detrás del *paravent* cuando se convence de que está sola.) Partirá... ¡oh! no... él mismo lo ha dicho; seria una indignidad, una infamia... (Aplausos.) ¡Ah! Esta mujer. Esto es lo que les enloquece y precipita. ¡Ah, qué lección, y qué veinte minutos! ¡Cuánto me han enseñado! Yo te prometo que en adelante hallarás en mí una verdadera mujer. Y si es preciso que el matrimonio sea una lucha, lucharé contra ti, perjuro, infiel... ingrato, lucharé por tu salvación y tu felicidad, que es mi felicidad y mi vida...
BIRSH. (Entrando precipitadamente.) ¡Ah! ¿Todavía aquí, señora?
AND. ¿Sabe usted lo que piensa hacer ahora? Quiere marcharse con ella esta noche.
BIRSH. ¿Que el señor conde...? Imposible.

AND. Con esta mujer... todo es posible.

BIRSH. Pensarlo sí... pero hacerlo... (Grandes aplausos. Si la señora condesa quiere salir...

AND. ¿Sin saber lo que decide?

BIRSH. Es que puede ver á V. E.

AND. Digo que quiero saberlo.

BIRSH. Pero señora...

(Los aplausos aumentan, muchos personajes invaden el cuarto de Estrella y Andrea no tiene más que el tiempo necesario para ocultarse tras las cortinas del tocador.)

## ESCENA XIV.

ANDREA, BIRSHMANN, RABNUM, CONDE, BALTASAR, FEDERICO, REVEL, DOCTOR, MABLOU, *bailarinas*, *abonados*, *actores*, *actrices*, *etc.*, *etc.*, *y después*, ESTRELLA y SYLVINA.

Agitación en la galería, atropellos, gritos; todo el cuarto está lleno de gente y muchos se suben á los muebles; no cesa el alboroto.

CRAC. ¡Qué exito... qué éxito! (Enjugándose la frente.)

FED. (Cayendo sobre el diván.) Estoy borracho. ¡Oh, ese Rabnum!

BIRSH. ¿Qué es lo que ha hecho?

FED. ¿Que qué es lo que ha hecho? Después que se levantaba el telón por vigésima vez, mi Rabnum se presenta en el foyer agitando una malla de seda y gritando: «¡Una malla de Estrella, doscientos florines!... ¡Cuatrocientos!... ¡Ochocientos!... ¡Mil quinientos!...» Yo les he dejado.

CRAC. ¿Una malla de seda?

BALT. (Despeinado y rota la corbata.) Desgarrada...

CONDE. (Entra más agitado que todos y triunfante.) ¡Adjudicada!

TODOS. ¿En cuánto?

CONDE. (Con gran entusiasmo.) Cuatro mil quinientos francos; la han desgarrado toda y muchos llevan los pedazos en los ojales.

BALT. (Entusiasmado.) Así comprendo yo el arte.

(Aumentan los gritos y los bravos.)

TODOS. ¡Bravo! ¡Bravo!

RAB. (Desde el fondo.) ¿Estamos listos, Mablou?

MAB. Estamos.

RAB. (Con voz tonante.) Al banquete.

VOCES. Al banquete.

(La orquesta fuera de escena toca una marcha.)

CONDE. (A Estrella sólo y trayéndola al extremo próximo del tocador.) ¡Estrella! ¿Qué buque?

ESTR. *El Centauro.*

CONDE. ¿La hora?

ESTR. Tres de la mañana.

CONDE. Estaré.

AND. (Que ha oído todo.) (¡Oh!)

ESTR. (Viendo á Andrea que ha bajado mientras que Esteban sube y sale como un loco.) ¿Estás convencida? Aprende.

(Estrella sube al proscenio donde todo el mundo se dispone para el banquete.)

AND. (Sola con Birshmann.) ¡Oh! El camino, Birshmann, el camino para salir de aquí.

BIRSH. Y la señora condesa va...

AND. A defenderme, á luchar.

RAB. (En el fondo y dando el brazo á Estrella.) A la mesa.

TODOS. Haciendo el cortejo á Estrella y agitando sus sombreros.) A la mesa. (Música y aplausos.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO

## Cuadro primero.

Gabinete del director de policía; pieza de medianas dimensiones semicircular, armario talla de roble.—Tapicería verde.—En primer término, á la izquierda, puerta de una habitación reservada. En segundo término chimenea de mármol negro. Delante de ésta un guardafuego suelto. Muchos papeles medio quemados entre el guardafuego y el hogar. En el fondo, ocupando todo el testero de frente al público, gran biblioteca llena de libros, legajos y carpetas; los cristales están todos cubiertos por cortinillas de tafetán verde. Sobre la biblioteca bustos de bronce. La vidriera del extremo izquierdo es una puerta figurada. A la derecha, segundo término, lienzo de pared cortado, puerta de una antecámara débilmente alumbrada por una lámpara; tiene banquetas de roble y cuero verde. En el primer término un canapé. Cuadros en dos muros. En medio la mesa del despacho, frente á los espectadores; un sillón al lado ó más allá; dos papeleras de mimbre bajo la mesa. La pieza está alumbrada por una lámpara de dos mecheros guarnecidos éstos por dos tiras de tafetán verde. De cada lado de la lámpara selen dos tubos de caoutchouc; timbre eléctrico. La mesa está llena de papeles, dibujos, carpetas. Canapé á la derecha, sillas, sillones. Cortinajes oscuros. La lámpara y el fuego están alimentados.—Todo rico y severo.

## ESCENA PRIMERA

KAULBEN *y* KRAFT, *criado*.

M. de Kaulben viene de etiqueta, calzón corto, condecoraciones. Entra por la derecha precedido de un criado. Coloca su claque y paletot sobre un sillón. Kraft, medio dormido, al levantarse el portier ó cortina se levanta bruscamente y se inclina.)

KAUL. (Quitándose los guantes después de un silencio y á media voz.) ¿Hay algo de nuevo, Kraft?

KRAF. Nada, señor barón... Y suplico á V. E. me perdone si me he dormido... aguardándole.

KAUL. (Sonriendo.) Ya lo he visto... Pero, en fin, es bastante tarde... ¿Espera alguien?

KRAF. (Presentándole la bandeja con una carta.) No, señor, y sólo se ha recibido esta carta.

KAUL. (Leyendo el sobre.) Al excelentísimo señor barón Kaulben, director de policía, en propia mano... Lo de siempre... La leeré más tarde. (La deja sobre la mesa.) ¿Tiene usted ahi algunos agentes?

KRAF. Sí, señor; Gogorin y Fanoski.

KAUL. Llame usted á Fanoski.

KRAF. (Llama en la puerta del foro sin levantar la voz.) ¡Fanoski!

FANOS. ¡Señor director...!

KAUL. (Delante de la chimenea calentándose los piés.) Llego ahora de la Ópera y las cabezas están un poco alborotadas... Hay un banquete de trescientos cubiertos... y el número de guardias es insuficiente; tome usted, pues, sus medidas, y diga á Gogorin que no se aleje.

(Fanoski se inclina y sale. Kaulben se dispone á entrar en su habitación á la izquierda.)

KRAF. (Reaparece por la misma puerta que salió Fanoski.) Perdón, señor barón.

KAUL. ¿Qué?

KRAF. Una señora desea ver á V E.

KAUL. ¿Desconocida?

KRAF. Completamente, pero en apariencia joven y...

KAUL. (Contrariado.) Vamos, alguna historia. Que pase... y no se vaya usted; puede que necesite sus servicios.

(Entra la baronesa precedida de un agente; éstos desaparecen. La señora viene con gran velo.)

BAR. ¿Estamos solos, señor director?

KAUL. Sí, querida baronesa.

BAR. ¿Me ha conocido usted? (Levantando el velo.) ¡Oh, el ojo de la policía!

KAUL. Hágame usted el obsequio de tomar asiento.

BAR. Gracias; pero ¿no habrá nadie allí? (Indicando la izquierda.)

KAUL. Nadie.

BAR. Es que corren ciertos rumores respecto á ese famoso gabinete...

KAUL. (Toma una silla y la coloca al lado del sillón que ya ocupa la baronesa.) Antiguallas. Siéntese usted y no olvide que habla al amigo y no al director de policía. ¿Qué hay?

BAR. Hay, querido baron, que sin usted estoy perdida.

KAUL. Y conmigo... adelante.

BAR. (Bajando los ojos.) ¡Cómo me va usted á despreciar al saber!...

KAUL. ¡No!

BAR. ¡Oh, si! .. En fin, aquí, como en casa del médico, hay que decirlo todo, ¿no es así?

KAUL. Naturalmente.

BAR. Pues entonces, sin preambulos de ninguna especie...

KAUL. Eso es; sin preámbulos... ¿Quién es él?

BAR. ¿Adivina usted que se trata de un hombre?

KAUL. ¡Digo! ¿Quién es él?

BAR. Es un extranjero. (Con voz débil.)

KAUL. ¿El que hace una hora estaba en la Ópera con usted en su palco?...

BAR. Al lado de mi marido.

KAUL. Cracovero.

BAR. Sí; el general.

KAUL. ¡Hola! ¡Hola!

BAR. ¿Le conoce usted?

KAUL. Un poco.

BAR. ¡Qué hombre! ¿No es verdad?

KAUL. Sí; ¡un gran mozo!

BAR. ¡Un héroe!... ¡qué quiere usted; me ha fascinado... y le amo! Por supuesto que todavía...

KAUL. Bien.

BAR. Estoy en mi primera carta... una carta llena de inocencia, en la que le doy la primera cita, ya ve usted.

KAUL. Sí; una niñada... ¿Y esa carta?

BAR. ¡He ahí el desastre!... Esa carta la he escrito en mi casa y la guardé en mi guante para dársela á hurtadillas en un entreacto.

KAUL. ¿Y que?

BAR. La fatalidad ha hecho que el baron, mi marido, que padece de gota, no se haya movido del palco en toda la noche... así que al fin del espectáculo, y en el momento de salir, saqué del guante la carta y la puse dentro del manguito, el que con toda intención dejé olvidado en una silla, no sin hacer al general un signo muy significativo ¡allí, allí!...

(Hace un gesto mostrando su manguito que ha dejado cerca de ella sobre el canapé.)

KAUL. Bien.

BAR. Ya en el vestíbulo, le dije: Se me ha olvidado el manguito, general, si fuera usted tan amable... «Con mucho gusto, señora,» y volvió á poco sin él exclamando: «Allí no hay nada.» ¿Cómo no? Entonces soltando el brazo del barón, y contra su voluntad, fuí yo misma, y ¡efectivamente! el manguito no estaba allí, había desaparecido... ¡me le han robado!

KAUL. ¡Ya!

BAR. Puede usted comprender mi espanto. ¡Perdido ese manguito con mi carta!...

KAUL. ¿Firmada?

BAR. ¡Es claro!

KAUL. ¡Qué descuido!

BAR. Para cerciorarme busco otra vez, busca el conserje... buscamos todos. «Pero, señora, grita el barón impaciente ¿á qué tantas molestias por un manguito? ¿Nos vamos?» El general nos abandona, volvemos al hotel, entro en mis habitaciones medio loca y encuentro... ¿qué dirá usted?... Mi manguito y este anónimo.

KAUL. ¿A ver? (Examinando el papel.) Escrito con lápiz en una hoja de papel de comercio y con letra disfrazada. (Leyendo.) «Mañana á las siete, sola y en un coche de plaza, acuda usted á dejar en la portería cinco mil florines en billetes de Banco ó letra de cambio... Si pasa media hora sin entregar esa cantidad la carta irá á manos del barón.»

BAR. (Desesperada en pie.) ¡Perdida! Ya lo ve usted, porque esos cinco mil florines no los tengo, á menos que se los pida al barón.

KAUL Hará usted muy mal en dar ese dinero.

BAR. ¡Pero si no les doy esa cantidad mi carta!...

KAUL. (Sonriendo.) La tendremos y mucho más barata.

BAR. ¿Hará usted eso?... ¡Oh, amigo mio, deje que le abrace!

KAUL. Luégo...

(Se levanta y llama; la baronesa echa su velo y pasa á la izquierda.)

KRAF. ¿Qué desea el señor director?

KAUL. Que venga Gogorín y tráeme el legajo del llallamado Cracovero.

KRAF. (Se inclina y sale.)

BAR. ¿Su legajo?... ¿Su hoja de servicios?

KAUL. (Sentado al lado de su mesa.) Sí.

BAR. ¡Oh, qué ojo el de la policía!

(Una puerta de la biblioteca se abre misteriosamente y sale Gogorín. Kraft entra en el mismo instante y deja un legajo sobre la mesa.)

KAUL. (Que ha estado escribiendo, se dirije á Gogorín.) Con cuatro hombres vaya usted esta misma noche y ejecute lo que ahí está escrito al pie de la letra. (Gogorín toma el escrito y sale por la misma puerta que entró; Kraft desaparece por la derecha y Kaulben toma el legajo que han dejado sobre la mesa.) Ahora, querida baronesa, antes de separarnos, présteme usted atención; os lo suplico.

BAR. (Sentada al lado izquierdo de la mesa.) ¿El legajo?

KAUL. (Leyendo.) Sí; Esteban Cracovero, llamado por otro nombre Polydoro Michat (gran estupor en la baronesa que crece á medida que lee el director), ó Romanoski... ó Saint-Ayglou; pero más comunmente conocido con el nombre de Petit-Salè... (Leyendo con mucha tranquilidad.) Hijo natural de un comerciante de vinos de Batignoles.

BAR. ¿En América?

KAUL. No, en Francia, departamento del Sena; fué condenado por primera vez en 1857.

BAR. ¡Huy!

KAUL. Partió para la California en 62... reapareció en Paris el 66, donde por segunda vez tuvo que ver con la justicia por llevar ilegalmente condecoraciones con usurpacion de títulos, y por último fué perseguido el 68 por pertenecer á una casa de juego clandestina... Cumplió su condena y desapareció. Se le cree en Viena, acompañado de una joven llamada Eulalia Pitois, su cómplice.

BAR. ¡Dios justo y poderoso!...

KAUL. Ya lo ve usted. Ahora, como dicen en las comedias, lo comprenderá usted todo. El manguito estaba en el palco; el general Petit-Salè, advertido por usted misma de que en él se ha-

llaba la carta, lo cogió y lo ocultó, no importa dónde, y dijo á usted «no hay nada.» Esos cuantos renglones escritos con lápiz los había dictado él mismo. Eulalia Pitois sería la encargada de recoger el dinero... mientras que Petit-Salè aparecería del todo inocente y dispuesto á realizar nuevas estafas.

BAR. ¡Qué tejido de horrores! ¿Y usted espera?...

KAUL. A las tres de la mañana haré devolver ese anónimo á su domicilio... se les pide políticamente la carta que darán sin dificultad, y se les concede una hora para hacer sus maletas... Siento perder al general, porque me prestaba aquí buenos servicios... pero, en fin... ya me los prestará en otra parte.

BAR. (Con alegría.) ¿Y no le veré más?

KAUL. A menos que no vaya usted tras él...

BAR. ¡Por Dios!

KAUL. Dicho esto, duerma usted tranquila, querida baronesa, y mañana no falte usted á misa de siete para hacer un acto de contrición... Una mujer pedirá á usted limosna á la puerta de la iglesia y le entregará un papelito...

BAR. ¿Que será?...

KAUL. La carta.

BAR. (Loca de alegría.) ¡Ah, barón de mi alma!...

KAUL. (Sonriendo.)

BAR. (Pasando á la derecha.) ¡Qué tranquilamente voy á dormir!

KAUL. (Dirigiéndose á abrir la puerta de la derecha.) Buenas noches... y basta de generales exóticos.

BAR. Sí; basta de militares.

KAUL. Es decir, que si algún paisano...

BAR. ¿Cuándo nos veremos?

KAUL. Cuando usted me lo ordene.

BAR. ¡Ea, adiós!... ¡Adiós!

(Sale después de haberse puesto el velo y dicho las últimas palabras desde la puerta foro.)

KAUL. ¿Qué hay?
KRAF. Otra señora.
KAUL. ¿Otra?
KRAF. Y también con velo.
KAUL. Vaya al diablo... que vuelva mañana; ahora me retiro á descansar. (Se dirige á su habitación.)
KRAF. (Insistiendo.) Parece que está muy afligida.
KAUL. Mañana, mañana. (Encendiendo una bujía.)
KRAF. Me ha entregado su tarjeta.
KAUL. La condesa de Teeplitz... Conozco el nombre, pero nada más. En fin, que pase.

## ESCENA III.

KAULBEN *y* ANDREA.

AND. (Con timidez.) Suplico á usted me perdone si...
KAUL. (Un poco brusco.) Es un poco tarde, en efecto, para una visita.
AND. Crea usted, señor director, que si tengo el atrevimiento de presentarme á esta hora es debido á la urgencia del caso; no puedo esperar, no puedo, se lo juro á usted.
KAUL. (Adelantando un sillón.) Veamos, señora. (Tiene un aspecto muy interesante.) (Muy amable y haciéndola pasar delante de él.) Ruego á usted que tome asiento y se tranquilice. ¿De qué se trata?
AND. (Temblorosa y sentándose.) ¡Se trata de salvarme... y si me niega usted su apoyo!...
KAUL. ¡Adiós!... ¡Otro general!... Bien; vamos despacio, señora, porque aun cuando casi adivino...
AND. (Sorprendida.) ¿Sabe usted?
KAUL. (Un poco truhanesco.) ¡Oh! ¡Estamos tan acostumbrados á esta clase de asuntos!... ¿Es usted casada, señora condesa?
AND. Sí, señor.
KAUL. ¿Y se trata de deshacer alguna tempestad que amenaza á usted por parte de su marido?

AND. Sí, señor, sí; eso es.
KAUL. (Volviendo á un tono ligero.) ¿Por efecto de alguna ligereza?...
AND. Peor que eso.
KAUL. ¡Ah! ¿Las cosas han ido á mayores?
AND. Hasta lo último; sí, señor. Quiere ausentarse.
KAUL. ¿Él?
AND. Sí, señor; mi marido.
KAUL. Pues tanto mejor, déjele usted partir.
AND. ¿Que le deje?
KAUL. (Con mucha ligereza.) Sin duda alguna... de ese modo se queda usted más tranquila.
AND. Pero ¡si yo no deseo mi tranquilidad á esa costa... si no puedo vivir sin él... si le amo!...
KAUL. (En pie.) ¿Qué ama usted á su marido? ¡Ah! ¡Y yo que!... (Cambia de tono.) Tómese usted la molestia de sentarse aquí señora. (Rueda el canapé hasta en medio de la pieza.) Estará usted mucho mejor.
AND. ¡Mil gracias!
KAUL. (Una mujer que ama á su esposo.) Hable usted señora, hable usted; soy todo oídos... Decíamos que el infiel... el traidor, porque esta vez lo es él... ¿No es asi?
AND. (Sentándose en el canapé.) Sí, señor.
KAUL. ¡Muy bien!... Quiero decir, muy mal. ¿Él quiere alejarse con alguna quizá?
AND. ¡Con una artista... con una bailarina!
KAUL. ¿La Estrella?
AND. (Exasperada.) ¡Sí, señor; sí, la Estrella!
KAUL. (Mirando á Andrea con admiración en un movimiento de cólera.) ¡El imbécil... teniendo esta mujer!... ¡Perdone usted señora!... Pero ¿está usted segura?
AND. Salgo en este momento del cuarto de esa artista, donde he pasado la noche disfrazada.
KAUL. ¿Disfrazada?
AND. Sí, señor, para cerciorarme.
KAUL. (Aproximando el sillón al canapé.) ¡Soberbio!... ¡Ah¡

¡Señora, tengo una verdadera satisfacción en haber conocido á usted! (¡Esto es lo que se llama una mujer!)

AND. Y he oído todo lo que han hablado.

KAUL. Naturalmente; adquiriendo así la certeza...

AND. De que desde hace un mes mi esposo persigue inútilmente á Estrella, la cual exige, como precio á sus bondades, que parta esta noche en su mismo buque.

KAUL. ¡Perfectamente... admirable! ¿Y él consiente...?

AND. ¡Sí, señor!... Entonces loca, y sin saber qué partido tomar, y viendo que el tiempo apremia, porque es á las tres de la mañana... no estando segura de que vaya á casa... y por otra parte no queriendo malgastar el ascendiente que todavía pueda tener en su corazón, me he dicho que no había sino una persona en el mundo que pudiera ayudarme, y esa persona es usted, señor director, que espero no me negará su apoyo. ¡Soy una desdichada mujer que no quiere que la roben su marido! ¡Esta es mi única pretensión, mi único deseo!

KAUL. ¡Nada más legítimo ni sagrado!

AND. ¡Ah! ¿Le impedirá usted partir?

KAUL. Yo, por mi parte... pero por otro lado mi situación me impone ciertos deberes...

AND. ¡Usted lo puede todo... usted, la justicia, la ley!

KAUL. Precisamente, señora, porque la ley no ha previsto ese caso...

AND. Entonces ¿qué es lo que la ley ha previsto? ¿Para qué sirve?... ¿Qué hace esa ley?

KAUL. Pero...

AND. ¡Esto es terrible, Dios mío! (Sin oirle.) Si yo quisiera abandonar á mi esposo ¿tendría éste autoridad y derecho para detenerme?

KAUL. Sin duda.

AND. ¿Y yo no puedo impedir que él se vaya con una mujer?

KAUL. No.
AND. ¿Y encuentra usted eso justo?
KAUL. Señora, lo encuentro absurdo, pero ¡hay tantas cosas como esas!...
AND. ¿Y dejará usted...?
KAUL. ¡Bien á pesar mío, porque nada puêdo hacer! Su marido, como jefe de la familia, puede y tiene derecho para ir, venir, correr y viajar por donde la plazca.
AND. ¿En el mismo vapor que...?
KAUL. Y á la misma hora si quiere.
AND. ¡Oh, Dios mío, Dios mío!
KAUL. (Se levanta y pasea por la izquierda.) Detenerle... sí, con una orden mía, nada más fácil.
AND. ¡Entonces!...
KAUL. Pero eso es ilegal y despótico, máxime tratándose del primer jefe.
AND. ¿Qué puede ocurrir?
KAUL. ¿Qué puede ocurrir?... Nada, señora; pero sin hacerlo creen las gentes que abusamos de nuestra autoridad... ¡Detener á un ciudadano en el ejercicio de su derecho, sin motivo sin razón legal!...
AND. Pero, señor, ¡si abandona su hogar, su mujer!...
KAUL. Ese no es un motivo... Ahora, si el caballero hubiera cometido alguna falta, por pequeña que sea, ó algún delito... (Aproximándose á Andrea) Recuerde usted; quizás por esa misma mujer...
AND. (Como ofendida por lo que supone el director) No; estoy cierta; mi marido es honrado.
KAUL. Pues es una desgracia... ¡Ya tenemos pretexto!... ¡Sin duda que será hombre de negocios!...
AND. ¡No señor!
KAUL. (Paseando) ¡Diantre! En los negocios hay siempre algunas cosillas... ¡Ah!.. ¿La ha maltratado á usted alguna vez?
AND. (Como indignada) ¿Esteban á mí?... ¡Le juzga usted mal, caballero!...

KAUL. Pues no hallo modo... no se encuentra nada.

AND. ¿Es decir que estoy perdida?

KAUL. ¿Qué quiere usted?... No puedo detener á un hombre semejante... porque tiene todas las virtudes del mundo

AND. ¡No obstante, su locura!...

KAUL. (Prestando gran atención) ¡Ah! Dice usted...

AND. (Desesperada) Digo que el doctor tiene razón; esa mujer le ha trastornado el juicio... ¡le ha fascinado!...

KAUL. ¿Un médico ha dicho...?

AND. Sí; el del teatro.

KAUL. (Con gozo) ¿Bazilos?

AND. No sé.

KAUL. Entonces... No hable usted más.

AND. ¿Cómo?

KAUL. (Va á una mesa y en pie escribe.) ¡Un médico, su amigo asegura... y... no partirá, señora!... ¡Está usted salvada!

AND. (Con gran alegría) ¿No partirá?

KAUL. Le detengo.

AND. ¿Le detiene usted?

(Se sienta y detiene el brazo al director que está escribiendo)

KAUL. Enseguida... y le encierro...

AND. ¿En una prisión?

KAUL. Casi... en una casa de salud.

AND. ¿Y por qué?

KAUL. En calidad de loco.

AND. ¿Mi Esteban?... ¡Pero si no lo está!

KAUL. ¿En qué quedamos?... Acaba usted de decírmelo...

AND. Como se dicen muchas cosas...

KAUL. Es la única manera de conseguir nuestro objeto.

AND. ¡Pero á esa costa .. yo no quiero que se le detenga!

KAUL. ¿Cómo le voy á detener sin detenerle, ó cómo le impediré que se vaya dejándole en libertad?

AND. ¡Sí, sí; mas el recurso es horrible para él!

KAUL. Nada de eso.

AND. Entre dos agentes que le...

KAUL. ¡Bah! Los agentes son muy políticos y muy amables; no los conoce usted.

AND. ¡Y maniatado!

KAUL. ¡No por cierto!... En un coche muy confortable, muy cómodo.

AND. ¿Y le conducirán?...

KAUL. A la casa central (movimiento de Andrea), donde será perfectamente asistido, como en su casa.

AND. ¿Y entre locos?...

KAUL. Menos que muchos que andan sueltos.

AND. ¿Y estará allí?...

KAUL. Veinticuatro horas... ni un minuto más... el tiempo necesario para que desaparezca esa Estrella.

AND. Pero al verse alli se desesperará; ¡él es muy impresionable... y tal vez!... ¡Vamos, no puedo, no puedo autorizar la detención!

KAUL. Si no es usted la que la autoriza sino yo.

AND. ¡A ruego mio!

KAUL. Prescindiendo de usted si es preciso.

AND. ¡No, no; busquemos otro medio; se lo suplico á usted!

KAUL. No veo otro, señora.

AND. ¡Virgen santa!

KAUL. Resuélvase usted, porque se hace tarde. (Apoyado en el respaldo del sillón.) ¿Sí, ó no?

AND. No.

KAUL. Entonces... (Saluda y se dirige á la puerta.)

AND. ¡Oh! ¡No me abandone usted así, y considere que soy muy desgraciada y!...

KAUL. ¡Y muy buena! Vamos, cálmese usted y crea que nada adelantaremos así.. Después de todo, comprendo sus escrúpulos; es muy violento, lo sé, lo que la propongo... pero... ¡qué diantre! quizá más adelante me lo agradecerá.

AND. Estoy segura que sí.

KAUL. Pues bien; escuche usted mi plan

AND. Sí, señor.

KAUL Ahora se retira usted.

AND. ¡Encerrarle! ¡En una prisión!

KAUL. ¿Me oye usted?

AND. Sí, señor; sí.

KAUL. Vuelve usted á su casa.

AND. Sí, señor.

KAUL. Y tres agentes míos, muy amables y muy bien educados... ¡Si viera usted qué amables son!... Tres agentes de mi confianza se apostarán bajo sus balcones.

AND. Sí, señor.

KAUL. Su marido de usted vuelve...

AND. ¿Y si no vuelve?

KAUL. Volverá... Y hace usted para retenerle todas las tentativas posibles.

AND. Sí, señor.

KAUL. Si á pesar de sus esfuerzos la abandona y se dispone á partir... entonces resuelta, y comprendiendo que de su decisión depende la dicha y felicidad de toda su vida, hace usted á mis hombres la señal que convengamos, por ejemplo... una luz en el balcón... sale... se le cerca... se le conduce... y asunto concluído.

AND. ¡Oh! ¿Cómo expresar á usted...?

KAUL. No me diga usted nada y reflexione que *El Centáuro* levará anclas á las tres y nos quedan sólo dos horas.

AND. ¿Dos horas?

KAUL. Para una mujer como usted son suficientes; procure usted encerrarlo en sus brazos, que esa prisión le será más agradable que la mia.

AND. Todo lo intentaré. ¡Si yo pudiera hacerle olvidar la hora!...

KAUL. En último caso, la señal...

AND. Crea usted, señor director, que mi reconoci-

miento hacia usted será eterno, por lo que intenta hacer por mí

KAUL. (Llamando.) Soy yo, señora, el que queda agradecido, porque ha empleado usted un lenguaje propio de una mujer honrada y virtuosa, y al que estos tristes muros no están acostumbrados. La presencia de usted ha purificado el aire de este cuarto. Gracias mil, señora condesa. ¿Me permite usted ofrecerla mi brazo hasta su coche?

AND. Con mucho gusto.

(Aparece Kraft, Andrea se cubre con su velo y el agente se inclina profundamente.)

## Cuadro segundo.

Pequeño salón; en el fondo puerta de entrada; á la derecha lienzo de pared cortado, gran balcón y en el primer término chimenea. A la izquierda, primer término, puerta de las habitaciones de Andrea. Segundo término, habitaciones del Conde. En el mismo costado canapé. A la derecha velador y sillón.

### ESCENA PRIMERA.

CONDE, BALTASAR, FEDERICO *y* JOSEFA.

El Conde entra por la puerta del fondo. En el mismo instante aparece en la puerta de las habitaciones del conde Josefa con el abrigo y sombrero de su señora.

CONDE. ¿Ha venido la señora?

JOSEF. (Dejando los objetos y disponiéndose á avisar á la condesa.) Si, señor, aviso á...

CONDE. No, no; llame usted á Rodolfo.

(Pasa á su habitación y deja la puerta abierta; Josefa deja los objetos sobre un sillón que habrá en el fondo y sale para ir á avisar á Rodolfo después de la entrada de Federico y Baltasar.)

FED. Vamos, vamos, Baltasar.

BALT. (Borracho; viene apoyado en el brazo de Federico; entran por el fondo.) ¡Qué cena... chico... qué cena!

FED. ¡Mejor borracho!

BALT. (Sentado en el canapé.) ¿Yo? ¿Yo borracho?... Nunca... Nunca.

FED. Bueno; vete á acostar.

BALT. ¿Has visto á Noemia de paje?... ¿La has visto?

FED. No.

BALT. (Muy afligido y llorando.) ¡Dios mio!... ¡No la ha visto!... ¡Qué desgracia!... ¡Qué horrible desgracia!

FED. Muy grande... pero... acuéstate; vamos, hombre. (Se levanta Baltasar tambaleándose.)

CONDE. (Viene con una bujía y papeles en la mano que encierra en un *secretaire* que habrá en el fondo) ¡Eh! ¿qué hace aquí ese imbécil? ¿Por qué ha subido?

BALT. ¡Ese imbécil...! ¿Quién me nombra?

FED. (Cogiéndole de un brazo.) Nadie; buenas noches.

BALT. No; me ha insultado y yo no permito...

FED. Bueno, os batiréis, pero más tarde.

CONDE. (Yendo á Baltasar.) Ahora son ya cerca de las dos y el coche está esperándote.

BALT. ¡Ah, ya! Eso es otra razón; si el coche espera...

FED. Sí.

BALT. Bueno; déjame, que yo puedo ir solo...

CONDE. (Habla con Rodolfo que aparece en la puerta de las habitaciones del conde con una maleta en la mano como preguntándole si es la misma la que pide.) Esa es; vete.

BALT. (Próximo á la puerta se vuelve.) ¿Adónde decimos que voy?

FED. A tu casa.

BALT. ¿A mi casa? ¡Bien!... ¿y adónde está mi casa?

FED. ¡Anda, hombre, anda!.. ¡Buenas noches, Esteban!

CONDE. Hasta mañana. Es preciso marchar antes que ella se aperciba de mi vuelta. No acertaría á explicarla... Mientras que con esta carta que-

dará relativamente tranquila. Quince días de ausencia á mucho tirar y... ¿dónde la colocaré? Aquí.

(Va á colocar la carta delante del reloj sobre la chimenea. En el mismo instante Andrea sale de su habitación un poco descuidada en su traje de noche.)

## ESCENA II.

CONDE *y* ANDREA.

CONDE. (Éste retira vivamente la carta y la esconde en su pecho.) ¡Ella!

AND. (Sonriente y con mucha naturalidad.) ¡Hola! ¿Estás aquí?

CONDE. Ya lo ves. ¿No te has acostado?

AND. ¡Sin abrazarte! No he tenido sino el tiempo necesario para mudar de ropa y te esperaba para darte las buenas noches.

CONDE. (Abrazándola.) O los buenos días, porque son cerca de las dos de la mañana.

AND. ¿Ya?

CONDE. Así, pues, y como te supongo rendida..

AND. No por cierto.

CONDE. Sin embargo... esa *Charada*.

AND. Ha salido muy bien... y ya sabes que cuando se principia sin tropiezos...

CONDE. ¿Había buena sociedad? (Mirando sigilosamente al reloj.) (Tengo tiempo.)

AND. (Va á la chimenea para calentarse los piés.) Escogida; no faltaba nadie más que tú, que de seguro hubieras pasado un buen rato, ¿has estado en la Ópera?

CONDE. Sí.

AND. (Con indiferencia.) ¿Dicen que la Estrella nos abandona?

CONDE. (Con indiferencia.) Sí; eso dicen.

AND. (Arreglándose el cabello delante del espejo.) Llevándose los corazones de sus entusiastas.

CONDE. (Riendo.) No de todos.

AND. Si no de todos. . de algunos... Ella es muy linda y muy capaz de ello.

CONDE. (Con indiferencia.) Sí; no es fea.

AND. (Yendo á su marido.) ¿Ha tenido mucho éxito esta noche?

CONDE. Como siempre... ¿Y tú?

AND. Gracias por la comparación... Yo también... como artista y...

CONDE. ¿Y como mujer?

AND. (Sentándose en el canapé.) ¡Y como mujer! No sé si tus teorías sobre los celos hubieran sido las mismas á haber presenciado la corte asidua que me han hecho.

CONDE. (Riendo.) ¿El gran Ribestein?

AND. (Con la cabeza apoyada en el respaldo del canapé como fatigada.) El gran Ribestein ha quemado sus naves... Me ha hecho una declaración en toda regla.

CONDE. ¡Necio! (Se levanta y enciende una bujía.)

AND. (Con tristeza.) ¡Nada! (Con indolencia y sin levantarse.) Cómo... ¿ya?

CONDE. (Dejando la luz sobre la chimenea.) ¡Ya! Van á dar las dos.

AND. (Lánguidamente.) ¿Tanto sueño tienes?

CONDE. Un poco.

AND. Pues yo, maldito.

CONDE. Ya vendrá.

AND. El sueño es como ciertas mujeres; cuanto más se le busca más se aleja.

CONDE. ¿Eh?

AND. Siéntate aquí y esperémosle juntos. ¿Quieres? ¡Anda, sí! Ven y hablaremos un rato. ¡Me concedes tan pocos! (Le obliga cariñosamente á que se siente en el canapé.)

CONDE. ¡Qué capricho!

AND. (Apoya su cabeza en el hombro del Conde.) ¿Hay nada más encantador ni más hermoso que estos instantes de dulce intimidad?

CONDE. Mucho... sí... mas...

AND. ¿Qué apostamos á que no te has acordado de mí, de tu pobrecita mujer, en toda esta noche?

CONDE. No apuestes nada, porque perderías.

AND. ¡Sí, tienes tantas cosas en que pensar! (Movimiento del Conde para separarse.) ¡No, no te vayas!... Se está tan bien aquí... luégo me acostaré... dentro de una hora.

CONDE. Por vida...

AND. (Muy tiernamente.) ¡Cómo pasa el tiempo y qué diferencia entre una y otra época! Antes, cuando indolente y amorosa reclinaba así mi cabeza sobre tu pecho, como queriendo recoger todos los latidos de tu corazón, que sólo á mí pertenece, lejos de pretender abandonarme, te extasiabas en dulce contemplación, creyéndote el más feliz de los hombres por poseer la más amante de las mujeres. Entonces las horas no se te hacían tan largas (El Conde mira al relój á hurtadillas), ni mirabas á hurtadillas el relój, ni estabas tan inquieto.

CONDE. Las dos de la mañana.

AND. Lo repito; ¡qué diferencia! Ya no me quieres...

CONDE. ¡Mujer!

AND. No; suelta... suéltame.

(El Conde coge una mano á Andrea y quiere besarla.)

CONDE. ¿Por qué no?... ¡Es tan linda!

AND. ¡Válgame Dios, y en qué pequeños detalles te fijas!

CONDE. ¡Oh!

AND. ¡Ingrato!... ¡Ingrato!

CONDE. Vamos, no desvaríes más... y retírate, porque empiezan á cerrarse tus ojos. El sueño llama á tu puerta y es menester que le aproveches. Hasta mañana.

AND. ¡Adiós!... ¿Ves?... No puedo ir sola... dame tu brazo.

CONDE. No; perdona; le tengo algo dolorido de...

AND. (Con mimo.) Pues arrullame un poco, anda; ¿no dices que soy una niña?

(Quita su mano del cuello de Esteban y la deja caer detrás del canapé.)

CONDE. ¡Uf!

AND. Na... na... nana.

CONDE. (En pie y procurando levantar á Andrea cogiéndola ambas manos.) ¡Vamos, tontina, vamos, haz un esfuerzo y retirémonos á nuestras habitaciones, porque yo también necesito descanso; tengo una pícara jaqueca!

AND. (Levantándose enseguida.) ¡Ah! ¡Pobrecillo! ¿Tienes jaqueca y no me lo dices? Te frotaré las sienes con agua de Colonia.. precisamente en mi tocador... ven.

CONDE. No, no; muchas gracias; esta jaqueca no se cura con agua de Colonia... nada de olores fuertes; lo que me conviene es dormir.

AND. Cierto. ¡Pobre amor mío! Estás muy pálido, apóyate en mí y,..

CONDE. ¡Por la Virgen Santa! Déjame...

AND. ¡Pero hombre!...

CONDE. Cuando me aqueja este dolor lo único que me alivia es la soledad, vete, pues, y buenas noches querida, buenas noches.

AND. No; no conseguirás que me acueste hasta tanto que estés dormido.

CONDE. Pues no me dormiré hasta que te vayas.

AND. Pues yo no quiero abandonarte mientras sufres.

CONDE. Pues no dormiremos ninguno.

AND. Mejor será.

CONDE. ¡Ah! Me ocurre una idea. Me voy á la calle á tomar el aire. Ahora por la mañana es muy puro... y es un gran remedio contra las jaquecas.

AND. ¿Lo crees así?

CONDE. Sin duda; voy á curarme.
(Coge su sombrero de encima del *secretaire*.)

AND. Muy bien pensado... y yo contigo.

CONDE. ¿Eh? (Sentándose.)

AND. Que voy contigo: á los dos nos será conveniente este paseo matinal. Con un abrigo y un sombrero... ahora no habrá nadie por las calles... Vamos.

CONDE. (Después de un momento de silencio y como resuelto.) Andrea, veo que es preciso decirte la verdad.

AND. (Sentándose y dejando el sombrero.) ¿La verdad?

CONDE. Tengo absoluta precisión de salir solo á la calle.

AND. ¿Sòlo?

CONDE. Te lo ocultaba por temor á inquietarte, pero una vez que me obligas...

AND. Habla.

CONDE. Un duelo... del que soy testigo...

AND. Pues ¿quién se bate?

CONDE. Cracovero... que ha tenido una cuestión con un imbécil en la Ópera...

AND. ¿Y ese duelo se verificará hoy por la mañana?

CONDE. A las cuatro, de modo que sólo tenemos el tiempo necesario para tomar las armas y el coche.

AND. (Levantándose y cubriendo la puerta con su cuerpo.) No; tú no irás.

CONDE. ¡Andrea!

AND. No irás; di que hemos olvidado despertarte y de ese modo evitarás el desafío y todos quedarán satisfechos.

CONDE. ¡Cómo faltar á una cita de honor!... ¡Tú estás loca!...

AND. Tan loca como quieras... pero te lo suplico... no salgas. ¡Oh, si tú supieras, Esteban mío, (abrazándole) cuánto te agradeceria que te estuvieses aquí dos horas siquiera!...

CONDE. Pero mujer...

AND. Sí, te pareceré ridícula, medrosa en extremo...

es verdad... pero ¿qué quieres? No puedo remediarlo. Tengo la creencia de que alguna desgracia se cierne sobre nosotros.

CONDE. Imposible acceder á tu capricho; déjame.

AND. ¿De modo que no quieres complacerme? ¡Tú me engañas, Esteban! (Desesperada.)

CONDE. ¿Que te engaño?

AND. Sí; no hay tal duelo... hay otra cosa.

CONDE. ¿Cuál?

AND. (Como resuelta á decir la verdad, de pronto se contiene.) ¡Oh!

CONDE. Te juro...

AND. No jures... no te rebajes más á mis ojos.

CONDE. Pues bien; no hay tal duelo.

AND. ¡Por fin!...

CONDE. ¿Quieres saberlo todo? Toma; lee esa carta; para ti la he escrito y la habia dejado ahí, lee.

(Andrea lee la carta y dice con mucha tranquilidad.)

AND. ¿Un viaje?

CONDE. Sí.

AND. ¿Y dentro de dos horas?

CONDE. Ya lo ves.

AND. ¿Y es indispensable que marches?

CONDE. ¡Indispensable!

AND. Sea. Partiremos juntos.

CONDE. ¿Tú?

AND. Naturalmente. ¿Hay algo de extraño en ello? ¿No soy tu esposa?

CONDE. Imposible.

AND. Imposible, ¿por qué?

CONDE. Porque... porque... el viaje es muy largo y peligroso, y á nada conduce que tú le hagas, porque eso es una locura que yo no puedo consentir. No discutamos, pues, dame un abrazo, y....

AND. (Delante de la puerta.) ¡Esteban, por cuanto más ames en el mundo no traspases el umbral de esta puerta!

CONDE. ¿Qué?

AND. Sí; porque tu viaje para asuntos de la casa es una mentira como tu duelo. Porque si partes es por una mujer y con ella misma... Porque estás en camino de cometer una infamia... De abandonarme por una meretriz.

CONDE. ¡Calumnia! ¿Quién te ha dicho?...

AND. No; tengo pruebas inexcusables.

CONDE. Falsas de toda falsedad.

AND. ¿Sí? Pues no partas, no partas... y te creo; y si algo existe ahorrate la vergüenza de decírmelo. No, cállate... (Movimiento del Conde; Andrea le cierra la boca y le obliga á bajar á la derecha.) No te pregunto nada; nada quiero saber... En nada me has faltado... No dudo de tu fidelidad ni un sólo instante, pero quédate... quédate siquiera hasta mañana... Ya ves... ¡qué razonable soy, y qué poco te pido! (Llorando hace que el Conde se siente en el canapé á la derecha.) ¡Ah! ¡estás emocionado!... Cedes... ¿No te irás... mi Esteban? ¿No es cierto que no abandonarás á tu mujer, que te adora, que no vive sino para tí... y que te lo suplica... de rodillas?... ¡Ah!... Dilo... dí que no partirás...

CONDE, ¡Pues bien... no!
(Cayendo sentado un poco emocionado.)

AND (Se arroja á su cuello.) ¡Ah, gracias... cuánto te amo!... ¡Qué alegria me das!... ¡Cuánto voy á quererte!

CONDE. ¡Tirana!...

AND. ¡Di más bien esclava... y por toda mi vida!...

CONDE. (Despues de un silencio.) Pero es preciso avisar al capitán de ese barco.

AND. (Levantando vivamente la cabeza y muy inquieta.) ¿Para qué?

CONDE. Para que no me espere.

AND. (Tranquila) ¿Qué te importa?

CONDE. ¡Oh!

AND. ¿Insistes todavía?

CONDE. Desconfiada... le escribiré.

AND. ¿Lo leeré?

CONDE. Lo leerás. (Quiere levantarse.)

AND. No, no te muevas; tengo allí todo lo que necesitas.

CONDE. ¿En tu cuarto?

AND. Sí, no te muevas; yo te lo traeré. (Le abraza con mucha alegría.) ¡Ah, qué contenta estoy!...

CONDE. (Solo; se levanta enseguida y mira la hora.) ¡Es tiempo todavia! (Saca un lápiz y en la misma carta que Andrea le entregó escribe sobre el velador.) «*Andrea: Este viaje es indispensable; perdóname por haberte engañado... Adiós.*» Aquí. (La deja sobre una mesa que habrá á la derecha.) Antes que pueda vestirse para seguirme... ¡Vamos! (Sale precipitadamente.)

## ESCENA III.

AND. (Trae papel y tintero que deja sobre la mesa.) Toma, ya estoy aquí... ¡Esteban!... ¿dónde estás? (Llamando en el cuarto del conde.) ¡Esteban!... (Ve la carta.) ¡Ah, la carta!... ¡Ha partido!... ¡Falso!... ¡Perjuro!... ¡Infame!... ¡Oh, pero no te irás!... Todo por impedirlo ahora... ¡Todo! (Coge el quinqué.) Y pues lo has querido... (Va al balcón y tiene un momento la luz.) ¡Ya está hecho!... (Se oyen voces en la calle como de una disputa, después el ruido de un coche que parte. La primera impresión de Andrea es retroceder; pero después corre á la ventana gritando.) ¡Oh, esos hombres!... ¡La prisión!... ¡La casa de salud!... ¿Me aborrecerá cuando lo sepa? ¿Lo habré perdido para siempre?... ¡Infeliz... infeliz de mí! (Cae llorando en el sillón de la izquierda.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

# ACTO IV

## Cuadro primero.

Habitación confortablemente amueblada en una casa de salud. Primer término derecha, cama colocada de manera que los piés de ésta estén frente al público. En segundo término un *secretaire.* En el fondo ventana con barrotes que da á un jardín. A la izquieada, primer término, chimenea; segundo término, puerta de entrada. En medio una mesa próxima á la ventana. Sillón.—Es de noche

### ESCENA PRIMERA

(Conde en la cama y dormido. Schram entreabre cuidadosamente la puerta; trae una linterna; le sigue Federico. Schram atraviesa la escena pisando con la punta de los piés y llega hasta la cama del conde Esteban. Toda la escena es á media voz.)

Fed. ¿Duerme?

Schr. Sí. ¿El señor, es hermano?

Fed. Su cuñado. Vengo de parte de mi hermana.

Schr. ¡Ah! Está bien. (Levanta la linterna.)

Fed. ¡Tenga usted cuidado, no le despierte!

Schr. ¡Oh! ¡Estará demasiado rendido por los esfuerzos que ha hecho!

Fed. ¿Se ha resistido mucho?

Schr. ¡Oh! (Dejando la linterna sobre una mesa.) «Yo no estoy loco...» decía: «¡Esto es un atropello! ¡Los locos son ustedes!...» Pero nosotros cono-

cemos ya esas manías, porque todos dicen mismo.

FED. (Rápido.) ¿No se le habrá hecho ningún daño?

SCHR. Ninguno... Esté usted tranquilo. Solamente al verse encerrado ha querido forzar la puerta y se ha puesto á tirar con todas sus fuerzas... porque el señor observará que se abre hacia dentro.

FED. Sí.

SCHR. El señor director del establecimiento, que es un hombre de gran inteligencia, ha inventado un aparato sumamente ingenioso. Cuando uno de nuestros pensionistas se obstina en querer abrir la puerta, asen naturalmente el tirador, que á su vez hace mover una pequeña bomba colocada en este lado... y el loco recibe en la cabeza una ducha de agua helada que le calma en el instante.

FED. Verdaderamente es muy ingenioso... Entonces eso es...

SCHR. Lo que le ha calmado... Luégo el señor nos ha pedido muy políticamente papel y tinta para escribir á algunos amigos... después de lo cual se ha metido en la cama.

FED. (Mientras Schram reanima el fuego.) (¡Cinco horas!... ¡Todo va bien!) ¡Prepare usted la chimenea!

SCHR. ¿El señor se retira?

FED. Sí; no quiero que me vea, y ya sé todo lo que quería saber.

SCHR. ¿El señor no tiene que hacerme ninguna recomendación especial?

FED. No. Los agentes que le han conducido están siempre aquí, ¿no es eso?

SCHR. Sí, señor; en la Conserjería.

FED. Bien: voy á hablarles... Permítame usted que por sus buenos servicios... (Le da dinero.)

SCHR. ¡Oh! ¡Señor!

FED. Y cuídele usted lo mejor que sea posible.

SCHR. Descuide usted; le trataremos como si no fuera alienado.

FED. Eso es... precisamente.

SCHR. ¿Alumbro á usted?

FED. No; muchas gracias. Ya despierta... Buenas noches. (Vase.)

## ESCENA II.

CONDE *y* SCHRAM.

CONDE. (Despertándose sobresaltado y sentándose en la cama. ¿Quién está ahí?

SCHR. ¿Qué desea el señor?

CONDE. ¿Quién está ahí?... ¿Quién habla?

SCHR. Yo.

CONDE. (Examinando el cuarto y recordándole.) ¿Tú? ¡Santo Dios! ¿Pero estoy todavía en esta horrible casa?

SCHR. (Encendiendo una bujía.) Ya lo ve usted.

CONDE. (Exaltándose poco á poco.) ¿Es que no va á tener fin esta broma?

SCHR. ¿Esta broma?

CONDE. Sí; ya es bastante... ya es harto pesada... Yo no estoy loco, guardián del diablo. Tú lo sabes también como yo... y quiero salir. (Se levanta.)

SCHR. (Abre la puerta y sale, cierra y desde fuera dice.) ¡Tranquilidad, tranquilidad!
(Mira al conde por las escuchas.)

CONDE. (Exasperado.) Aquí existe un error; á mí se me ha tomado por otro... ¡llama á tu amo, granuja!

SCHR. ¡Ah!... ¡Si me llama usted granuja!... ¡Buenas noches!

CONDE. No; no te vayas... oye. (Cae sentado cerca de la mesa.) (¡Esto es espantoso... tener necesidad de suplicar á un tuno semejante!) Oye, hombre, oye, ¿cómo te llamas?

SCHR. Jorge.

CONDE. Pues bien, mi querido Jorge, entra y hablaremos tranquilamente, tranquilamente, te lo prometo.

SCHR. Bien, siendo así... (Entra y cierra la puerta.)

CONDE. Respóndeme: ¿han llevado todas mis cartas?

SCHR. Todas.

CONDE. ¿Y no hay ninguna contestación?

SCHR. No.

CONDE. ¡Todos me abandonan!... ¡Se quiere que muera aquí!... ¡Oh! ¡Esto es una infamia completa!

SCHR. ¿El señor ha escrito á la señora?

CONDE. No; á ella no... á Federico... á Baltasar... al general... ¡Y nadie!... ¿Acaso se les habrá prohibido verme?

SCHR. No hay orden para eso.

CONDE. Entonces... (rápido) llama á tu director... quiero hablarle.

SCHR. (Ya empieza otra vez).
(Gana rápidamente la puerta: sale, cierra y mira.)

CONDE. (Dispuesto á escribir.) Y escribiré á los periódicos, á la policía, á los ministros. ¡Voy á denunciar esta caverna de bandidos al mundo entero!
(En el momento que Schram abre la puerta para salir, aparece otro empleado con una linterna y una carta. Schram toma la carta, que examina á la luz de la linterna, mientras que el conde se dispone á escribir.)

SCHR. (Desde la puerta.) Caballero, tome usted; esto le calmará; probablemente será de algún amigo.

CONDE. (Poniéndose en pié y tomando la carta.) ¡Un amigo! (Lee.) ¡Baltasar!. . Que entre... pronto... pronto, que pase... ¡Qué dicha! ¡Ah! ¡Por fin... tengo á uno!

## ESCENA III.

El CONDE y BALTASAR que trae un largo paletot; SCHRAM le hace entrar; después sale éste y cierra la puerta.

CONDE. (Corriendo á su encuentro.) ¡Ay! ¡Mi querido Baltasar! ¡Tú eres un verdadero amigo!

BALT. (Con un poco de desconfianza.) ¡Despacio!... Despacio

y no hagas extremos. ¿Estás seguro de que no estás loco?

CONDE. ¡Yo!

BALT. Es que esa enfermedad ya sabes que es contagiosa y...

CONDE. Tranquilízate; no estoy loco... pero acabaré por estarlo.

BALT. ¿Eh?

CONDE. ¿Sabes ya lo ocurrido? Me han preso en la puerta de mi casa y me han conducido aquí... ¡Como á un ladrón... á mí... á mí!

BALT. No te exaltes, hombre, no te exaltes... ¡Si pudieras dormir!...

CONDE. Imposible, mientras permanezca en esta casa.

BALT. Paciencia; yo, como sabes, me fuí á dormir después del banquete, y estaba como un plomo cuando Sapristi me llamó para entregarme tu carta, leída la cual, dije para mi capote: si á Esteban le encierran en una casa de locos, ¿qué reservarán para mí?

CONDE. ¡Es cierto!

BALT. Tambaleándome corrí á casa de Cracovero con el fin de recoger los dos á Federico y venir los tres juntos á reclamarte.

CONDE. ¡Bravo!

BALT. Llego á casa de Cracovero... subo... ya sabes mi costumbre... de cuatro en cuatro escalones...

CONDE. Sí.

BALT. Y encuentro en vez del general una morena muy triste, muy llorosa, con los cabellos en desorden, que me respondio: «¿Cracovero? Cracovero es un infame, un canalla, que me ha abandonado.»

CONDE. ¿Eh?

BALT. Eso dije yo ¿eh?... ¿El general?... «¡Sí, tan general es ese pillo como usted!» ¡Señora! «es un petardista.»

CONDE. ¿Es posible?

BALT. Eso dije yo: «¿Es posible?» «Sí, señor; vive del juego y de lo que estafa.»

CONDE. ¡Quién creyera!...

BALT. Pues yo lo creí; acuérdate de las heridas que ha hecho en tus bolsillos.

CONDE. ¡Pero bien! ¡Él está libre... ha partido... y yo estoy aquí... y Estrella ya muy lejos!

BALT. Bueno; déjalo y escucha. Corro á casa de Federico... no estaba.

CONDE. ¿A esta hora?

BALT. Eso dije yo. ¿A esta hora? ¡Es extraño!... Vamos á prevenir á la condesa...

CONDE. (Vivamente.) ¿A Andrea? ¿Y para qué? ¿Para decirla que estoy aquí entre los locos? Imbécil, ¿qué has hecho?

BALT. Nada; cálmate... no la he visto.

CONDE. ¡Ah! (Respirando fuerte.)

BALT. Y no la he visto por una razón... (rascándose la oreja) delicada.

CONDE. ¿Qué?... ¿Qué quiéres decir?

BALT. No sé si debo decirte...

CONDE. ¿No sabes?

BALT. Es tan delicada...

CONDE. Veamos.

BALT. ¿Lo exiges?

CONDE. Sí; lo exijo... habla.

BALT. Pues bien... Para abreviar. Me dirigí á tu casa á pie... como ahora no hay coches por efecto de la mucha nieve...

CONDE. Continúa.

BALT. Y un poco antes de llegar veo que un hombre atraviesa la calle recatándose y á toda prisa, ni más ni menos que si fuera un ladrón, se cuela en tu casa de repente. Esto llamó mi atención como á tí ahora te lo llama, y apretando el paso pude cerciorarme por las huellas de sus pisadas de que aquel caballero, porque lo era ó lo parecía, no tomó por otro camino.

CONDE. ¿Qué dices?

BALT. Espera. Instigado por la curiosidad, gano la calzada, desde donde se distinguen perfectamente los balcones del primer piso, y vi... una luz en el fondo de la habitación; una sombra de hombre dibujándose sobre los cristales durante un segundo... y nada más... porque todo quedó á oscuras.

CONDE. (Con voz sorda.) ¡Baltasar, tú mientes!

BALT. Te aseguro...

CONDE. (Sacudiéndole el brazo con fuerza.) ¡Tú mientes!... ¡Desgraciado!... ¡Díme que mientes!

BALT. ¿Y dices que no estás loco?

CONDE. ¡Oh, perdóname!... ¡Pero tú has visto mal!... ¡No hay duda!... ¡Tú has equivocado la casa... ó estabas todavía borracho!

BALT. Lo que tú quieras. Pero lo que he hecho y te digo es por amistad... He dudado en participártelo... Pero ¡qué demonio! para qué sirven los amigos sino...

CONDE. ¡Ella!... ¡Ella!... ¡Andrea!... ¡Ella que hace dos horas se esforzaba para no dejarme salir!...

BALT. ¡Bien puede ser!... ¡Mas los celos... la ira... la venganza!... ¡Y cuando las mujeres se vengan!...

CONDE. ¡Quizá!... ¡Si habrá sospechado!

BALT. Además; ella te cree bien lejos... y por lo tanto está muy tranquila.

CONDE. Y para vengarse... recibe. . (Furioso.) ¡Oh! ¡Miserable!. . ¡Miserable!... ¡Y estoy yo aquí encerrado... preso!...

BALT. Cierto que no puedes salir.

CONDE. ¿Que no puedo? Ahora lo verás.

BALT. ¿Eh?

CONDE. Gritaré... mataré... destrozaré todo en la casa y tú vas á ayudarme.

BALT. ¿A matar?

CONDE. ¡Ah! Ese traje. (Furioso.)

BALT. (Acobardado.) ¡Esteban!...

CONDE. Tu sombrero... tu corbata.
(Le despoja de estas prendas.)
BALT. ¡Hombre!
CONDE. Desnúdate... Ahora á la cama
BALT. ¿A la cama?
CONDE. En lugar mío... ¡Al instante!
BALT. (Muy asustado,) ¿En calidad de loco?
CONDE ¡Vamos! (Le cubre con la ropa de la cama.)
BALT. Esteban... yo protesto...
CONDE. Si gritas te...
BALT. (Gritando con la cabeza bajo la ropa.) ¡Ah! No... no.
CONDE. Y ahora... silencio... Ni una palabra... Llora si quieres... eso es todo lo que te permito.
BALT. Sí; sin gran esfuerzo.
CONDE. Silencio y oye bien... Yo llamo... Viene el guardián... Me oculto detrás de la puerta... Este te ve acostado... Yo aprovecho la coyuntura para escapar; y una vez en el jardín... escalo el muro. ¿Has comprendido?
BALT. Sí. (Con mucho trabajo.)
CONDE. Eso es... Muy bien... ¡Aguántate!
BALT. ¡Pero!... (Casi llorando.)
CONDE. ¡Llora!... Llora y quéjate... ¡Llamo! (Lo hace.)
BALT. ¡Me ahogo! (Con voz lastimera.)
CONDE. ¡Perfectamente!... ¡Eso es! ¡Atención!
(Se coloca al lado del muro en la parte que ha de cubrir la puerta al abrirla.)

## ESCENA IV.

LOS MISMOS *y* SCHRAM.

SCHR. ¿Qué ocurre? ¿Por qué ese campanillazo? (Ve á Baltasar que saca los brazos y hace esfuerzos para desembarazarse de la ropa.) ¡Eh! ¡Dios mío! ¿Está usted enfermo?
(Se dirige á Baltasar. El Conde sale y dice en la puerta.)
CONDE. ¡Corramos!

SCHR. ¿Eh? (Volviéndose.)

BALT. (Se desembaraza de la ropa y se sienta en la cama, teniendo en la cabeza un gorro de dormir.) ¡Yo me ahogo

SCHR. (Asombrado.) ¡Ah! ¡Éste!... ¿Y el otro? ¡Una evasión! (Sale precipitadamente, cierra la puerta y desde fuera se le oye gritar.) ¡Socorro!.. ¡A mí! ¡Socorro!...

BALT. (Sale de la cama en calzoncillos y viene á la puerta, pero la encuentra cerrada.) ¿Eh... y yo?... No cerrar... yo no estoy loco... (Tira del botón y recibe toda la ducha.) ¡Jesucristo! (Corre á envolverse en la ropa y se mete en la cama tiritando.)

## Cuadro segundo.

Boudoir de Andrea, habitacion muy pequeña y elegante. En el fondo, entrada á las habitaciones de Andrea. A la izquierda, primer término, chimenea, y sobre ésta un espejo. Segundo término, puerta de las habitaciones del Conde. A la derecha, segundo término, otra puerta; primer término, canapé, sillón, mesa, un té servido, chimenea encendida.

### ESCENA PRIMERA.

ANDREA *y* FEDERICO.

AND. (Desde la puerta de la izquierda.) ¿Qué hay?

FED. (Sacudiéndose al entrar la nieve de su sombrero.) Ya estoy aquí; ante todo tranquilízate... está bien.

AND. ¿Le has visto?

FED. En la cama, y dormía como un bendito.

AND. (Con alegría.) ¿Estás seguro? ¿Dormía?

FED. Profundamente... ¡Estoy helado!... ¿Tienes té? (Se aproxima á la mesa y se sirve.)

AND. (Siguiéndole.) ¿Pero duerme? ¿Estás seguro que no se ha puesto malo?

FED. Segurísimo.

AND. ¡Ah... quién sabe!... ¡Se debe estar tan mal en aquella casa!

FED. Te digo que está muy bien; puedes dejarle...

AND. ¿Dejarle? ¿No has dado orden para que le permitan salir, explicando lo que habíamos convenido?

FED. No.

AND. ¿Por qué?. . ¡Una vez que ese buque ya ha levado anclas!...

FED. Sí, es verdad; el buque ha partido, y de ello me he cerciorado.

AND. ¡Entonces!...

FED. Pero Estrella está todavía en Viena...

AND. ¿Aquí?

FED. Sí. Al pasar por la Ópera ví muchas luces; oí la orquesta, pregunté y me dijeron que estaban bailando. Dudando de que fuera verdad entré á tomar informes y supe que por una jugarreta de Rabnum, el despacho en que se solicitaba á Estrella para el teatro de Bucharest, era del mismo individuo, que le había mandado expedir para explotar nuestro entusiasmo y poder dar el banquete que tantos miles de francos le ha producido. Así, pues, te anuncio que Estrella bailará esta noche, mañana... todo el año, y dentro de un momento la acompañarán á su casa con teas, hachones, música y todo cuanto pueda completar el reclamo.

AND. ¿Todavia aquí?

FED. Esto, como comprendes, cambia nuestro plan; el peligro subsiste y por lo mismo he querido consultarte.

AND. ¡Ah... todo está visto!... ¡Que vuelva á esta casa y que se aleje después!...

FED. ¿Y si corre á casa de Estrella?

AND. Que corra.

FED. Pero reflexiona...

AND. Lo he reflexionado, y cuanto más lo pienso más me aferro á mi decisión. ¡Que esta noche se le haya detenido violentamente sustrayéndole á

su infame proceder, sea; pero todos los días y á todas horas... y todos los instantes renovar esta odiosa lucha... á más de condenarme á perpetuo martirio, es una humillación que repugna á mi dignidad de mujer honrada! ¡Haberlo intentado una sola vez subleva mi orgullo! Te prometo que no volveré á rebajarme.

FED. ¡Andrea!

AND. ¡Sí; he querido libertarle de la vergonzosa esclavitud á que voluntariamente se ha encadenado, y él prefiere la argolla de una meretriz á los tiernos lazos de una esposa! ¡Vaya con Dios! ¡Quizá vuelva... si vuelve, si todavía insiste, arrancaré este amor de mi corazón y lo pisotearé en su presencia!

FED. ¡Vamos, hermana, cálmate! (Presta atención al ruido que produce una puerta al cerrrase.) Han cerrado la puerta de servicio... él es.

AND. ¿Viene? (Con mucho gozo.)

FED. Sí; pero ¡cómo ha logrado!...

AND. ¡Qué importa! ¡Viene... y eso es todo... y viene aquí, á su casa!

FED. Quizá supondrá que Estrella ha partido.

AND. (Con abatimiento.) ¡Es verdad!

FED. ¡Ya sube!... ¿Qué hago?... ¿Me quedo?

AND. No; espera abajo.

FED. Trátale con un poco de dulzura y un mucho de indulgencia. (Toma su sombrero y paletot.)

AND. Vete.

(Sale Federico; Andrea cierra la puerta y se dirige á su habitación sin dar la espalda á la puerta por donde ha de entrar el Conde.)

## ESCENA II.

*El* Conde *solo: entra bruscamente.*

¡Por fin! (Muy emocionado y con gran ansiedad, con la mano puesta sobre el corazón como para contener los latidos.) ¡Ahora... Esteban... valor! (Silencio; enjuga su frente y, como reuniendo todas sus fuerzas, se dirige al cuarto de Andrea. En el momento de levantar el cortinón se oye tocar en el piano una música muy dulce.) En el piano y sola. (Mirando con gozo.) ¡Sí, sola! (Mira con más cuidado como escudriñando con su mirada todos los lados y rincones del cuarto de Andrea.) ¡Nadie! (Se separa de la puerta y mira el escenario.) ¡Nada! ¡Nada que revele la presencia de una persona extraña!... ¡Nadie más que yo!... ¡Cuando decía á ese imbécil Baltasar que se había equivocado!... No obstante, él ha visto abrir la puerta... ¿Habrá venido alguien?... ¿Se habrá marchado?... ¡No! ¡Por otra parte la llave!... No hay más que dos... la mía y la de mi ayuda de cámara... (Con gozo.) ¡Ah! ¡Ya caigo!... Rodolfo habrá ido á buscarme, y por no llamar la atención de los demás criados habrá salido por esa puerta. (Cayendo en el canapé y respirando con fuerza.) ¡Eso es!... Está claro... ¡Ah!

## ESCENA III.

Conde *y* Andrea.

And. ¿Quién está aquí? ¿Es usted Josefa?

Conde. Soy yo.

And. ¿Usted?

Conde. Yo, ya de regreso, mi querida Andrea; sé lo que vas á decirme, pero no merece tanto rigor

mi ligereza, cuando en el instante vuelvo á repararla.

AND. ¿Es acaso el arrepentimiento el que te trae?

CONDE. Di más bien el remordimiento.

AND. ¿De veras?

CONDE. Cuando ya en el vapor vi la señal de levar anclas, la idea de que te sacrificaba á una miserable cuestión de dinero y de la pena que te proporcionaba me hizo exclamar súbitamente: ¡No! ¡Yo no debo, no quiero partir! Salté á tierra y aquí me tienes.

AND. ¡Gracias! (Con frialdad.)

CONDE. ¡Ah! ¡Ya veo que no eres generosa!

AND. Dejemos esto, te lo suplico; es demasiado tarde y debes estar muy fatigado con tantas emociones.

CONDE. No.

AND. Pues bien... yo lo estoy; mañana hablaremos.

CONDE. Ahora mismo; no te dejaré salir. Estás irritada-herida...

AND. Aprensiones.

CONDE. ¡Oh! ¡Sí. ¡Andrea, mi amor! ¡Acuérdate de lo que convinimos los primeros días de nuestra felicidad!

AND. Prefiero olvidarlo.

CONDE. No adoptes, por Dios, esa actitud que me desespera. ¡He sido un necio! ¡He obrado mal, es cierto, pero toda vez que lo reconozco... perdóname!

AND. Pues bien, quedas perdonado. (Medio mutis.)

CONDE. ¿Y asi lo dices? ¿Y así te vas?

AND. ¿Quieres que te abrace? Yo no sé fingir y tendría que violentarme mucho.

CONDE. ¡Nunca te he visto tan severa!

AND. Porque nunca me diste tanto derecho para es tarlo.

CONDE. No. Te hallo desconfiada... ¡Tú tan buena, tan cariñosa!... ¿Pero no me oyes? ¿Qué te preocupa

de tal modo? ¿Por qué tus ojos no se separan de ese cuarto?

AND. Porque no tengo más idea que encerrarme en él.

CONDE. ¿Qué hacías aquí antes de mi llegada?

AND. Velar.

CONDE. ¿Sola? (Receloso.)

AND. Sola.

CONDE. ¡Mírame! ¿Por qué tu mano tiembla al tocar las mías? (Cogiéndole la mano.)

AND. Porque se encontraba mal entre ellas.

CONDE. ¿Es que ha venido alguien?

AND. ¡Ah!... ¿Quién?

CONDE. No lo sé; lo pregunto.

AND. ¿Celos? ¡No me hagas reir con esa ridícula farsa! ¿Celos tú?

CONDE. Eso no es una respuesta: alguien ha venido; testigos estas tazas de café todavía tibias y una sombra de hombre que se ha visto tras esos cristales.

AND. Tal vez.

CONDE. ¡La han visto! (Con violencia.) ¡Andrea! ¡Un hombre ha estado aquí hace una hora! ¿Quién era ese hombre?

AND. ¿Quién? Tú mismo puedes convencerte.

CONDE. Voy á hacerlo. (Entra precipitadamente en el dormitorio: silencio. Andrea abre friamente el secreter y saca un objeto que oculta al público. Esteban sale.) ¡Nadie! (Permanece un instante apoyado en el marco de la puerta.) ¡Nadie!

AND. ¿Y bien? (Con frialdad.)

CONDE. (Baja mirándola asombrado.) ¡Y esa calma! ¡No obstante, en el balcón!..

AND. Se ha dibujado una sombra, sí; la de mi hermano.

CONDE. ¿Federico?

AND. Llama; todavía estará.

CONDE. ¿Y así te gozas en atormentarme?

AND. Sufres mucho, ¿no es verdad?

CONDE. Sí.

AND. Pues hasta en eso te aventajo; estos cinco minutos de tortura te darán la medida del suplicio que, gracias á ti, estoy pasando hace tres horas.

CONDE. ¿Gracias á mí?

AND. ¡Toma! (Arrojando el brazalete sobre el velador.)

CONDE. ¡El brazalete!... Todo lo sabe. (Anonadado.)

AND. Tú acabas de inferirme una nueva ofensa buscando ahí un amante imaginario; yo, más *afortunada* que tú, he conseguido encontrar á tu manceba.

CONDE. ¿A Estrella?

AND. ¡A Estrella; sí!

CONDE. ¿Y has ido á su casa?

AND. A su casa no; á su cuarto de la Ópera, fingiéndome modista...

CONDE. ¿Tú? ¡La condesa!

AND. Sí. ¡Tu mujer... ha descendido hasta ahí! Conozco que tu orgullo se resiente por ello, pero ¿qué quieres? ¡Yo no elijo mis rivales, tomo las que me dan!

CONDE. ¿Y me has visto?

AND. Te he oido llamar suplicando á su puerta... y te he visto más humilde á los rigores y desprecios de aquella mujer que á todas mis ternezas y caricias.

CONDE. ¡Sus rigores! ¡Sí; mas eso mismo te hará comprender la extensión de mi falta!

AND. ¡Oh, no prosigas!...

CONDE. Pero Andrea, ¿qué pretendes? ¿Me quieres más confundido, más humillado?

AND. Te quiero... como te quise. ¡Hombre! Y por evitarte la vergüenza de esta confesión hubiera dado mil años de mi vida.

CONDE. ¡Oh, yo estaba loco, sí, y era preciso tratarme como á tal, protegerme contra mi propio delirio, salvarme á toda costa!

AND. ¡Pues bien, lo he hecho!

CONDE. ¿Tú? ¿Aquellos agentes en la calle... aquella casa?

AND. ¡Es obra mía todo... pero... ya estás en libertad; Estrella no ha salido de Viena... corre... ve... no te disputo más á su amor!... ¡Ni aun tienes que tomarte el trabajo de elegir, porque sólo á ella posees!

CONDE. ¿Y piensas que he de consentir...?

AND. Que lo consientas ó no... (Medio mutis.)

CONDE. ¡Andrea! (Cerrándole el paso.)

AND. ¡Supongo que no me obligarás á gritar!

CONDE. ¡Oh... no soy dueño de mi persona!... ¡Andrea!

AND. ¿Qué? (Muy seco.)

CONDE. Antes de decidirte á ser mi mujer ¿te acuerdas? Transcurrieron tres años. El hombre que á fuerza de sacrificios y constancia supo merecerte... ¿podrá de igual modo conseguir algún día tu perdón?

AND. Inténtalo.

CONDE. ¡Ah, entonces!...

AND. Entonces... hay que comenzar de nuevo. Adiós. (Váse.)

## ESCENA ÚLTIMA.

*El* CONDE *solo.*

Hay que comenzar de nuevo... Sí, mía es la culpa, yo lo quise. Hoy hace dos años, hoy mismo, y casi á esta misma hora, al alborear, salíamos de la iglesia donde acababan de unirnos para siempre. Marido afortunado, ebrio de gozo, la conduje hasta aquí; arranqué de su frente la corona de azahar; sentí crisparse sobre mis brazos sus diminutos dedos, enrojeciéndose sus mejillas percibí los fuertes latidos de su corazón,

inclinó resignada su hermosa cabeza, cerré sus ojos con mis besos, y un instante después la inocente víctima huía de mi lado. (Sentándose.) ¡Triste y confundido vine á sentarme en este mismo sillón! La nieve caía como ahora y el frío se apoderaba de mí lentamente. Desde su lecho, y por la puerta ¡que no estaba cerrada! veía extinguirse poco á poco la lumbre cual esta. Abstraído en mis cavilaciones no llegué á notarlo, hasta que una tosecita tímida y tras la tos una voz dulce y ténue como un suspiro vinieron á sacarme de aquel estado. ¡Esteban! El fuego se apaga. ¿Tienes frío? ¡Ven!... (Levantándose.) ¡Oh! ¡Es posible que estos recuerdos de purísima felicidad se sustituyan por otros de torpes ilusiones!... ¡Ilusiones! Huir de una mujer tesoro de candor, dechado de virtudes, conjunto de perfecciones, y correr desolado y loco tras una mercenaria!... ¡Pues sufre y purga tu delito!... ¡Permanece aquí, idiota! ¡Permanece como un lebrel delante de esta puerta hasta que tu arrepentimiento logre abrirte... y hiélate y muérete de frío hasta que ese ángel de bondad quiera acogerte bajo sus alas! (Andrea abre cuidadosamente la puerta de su habitación, y después de haber prestado atención pasa á la puerta del cuarto del Conde.) ¡Eh! ¿Qué es eso? (El Conde próximo al balcón.) Los coros de la Opera (Andrea oye los gritos que dan los que acompañan á Estrella: reprime un movimiento de sorpresa y se detiene sin ser vista de su marido) y sus admiradores que acompañan á Estrella. ¡Sigue tu camino estrella de maldición (Éste se levanta vivamente. Momento de silencio. Ansiedad de Andrea. La música se aproxima y se supone que pasa por frente á los balcones del hotel. El Conde da un paso como para seguirla. Andrea hace lo mismo deteniéndose para entrar en su cuarto) y que mis ojos no vuelvan más á verte.

(Movimiento de gozo en Andrea. La música se aleja y se desvanece completamente al terminar la escena.)

AND. ¡Esteban!

(Andrea posa sus dos manos en la frente del Conde.)

CONDE. ¡Ah!

AND. Pobre Esteban... ¿Tienes frío? ¡Perdón!... ¡Ven!

FIN.

# PUNTOS DE VENTA.

---

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.